

tenían que pasar por entre puntiagudas rocas para llegar a la ribera; en una hora más todos nos hallábamos en la playa.

Al arrimar se veían en ella, no obstante la neblina que cubría la costa, grupos de soldados y oficiales nuestros. Con todo, a pesar de llevar el alma quebrantada por la desesperanza, no los tomé por desbandados de nuestro Campamento, sino por guardas de un retén colocado en ese punto por Herrera. Cuando me hallé en tierra y vi a esos hombres descalzos, con el pantalón arremangado hasta la rodilla, cubiertas las piernas de lodo, el rostro pálido y la mirada triste, fue cuando me cercioré de lo que pasaba. Me rodearon en silencio, y uno de ellos, José Antonio Granados, me dijo con voz ahogada, sacudida por el llanto:



*Temístocles Díaz*

—Todo ha acabado, doctor.....

Tenemos como quinientas bajas..... Han muerto

Agüero, Temístocles Díaz, Joaquín Arosemena, Juan Antonio Mendoza, Fabio Tejada, Eugenio Porras, el Comandante Gómez, Samuel Ruiz, Chagalón, Samuel Rostrup y cien, tal vez doscientos más... Han caído heridos Chaux, Ramírez, Rengifo, Patiño, Castellanos, Domingo de la Rosa, Luis García y como otros doscientos... Nos queda poca gente... Vea los cañones que hemos recogido por orden del General Herrera y traído aquí para ponerlos a salvo.

Confieso no haber tenido nunca emoción parecida a la que experimenté entonces. Había calculado, supuesto, pronosticado el desastre; pero no me había imaginado que llegara a tal extremo. Y es que nunca estamos suficientemente preparados para recibir la desgracia, ni aun para oír el anuncio de que se aproxima a nuestras puertas. Hay en esto una especie de dualidad moral, pues piensa uno que puede suceder de tal o cual modo, pero siente y espera de modo distinto. Bien podemos tener el convencimiento profundo del cumplimiento de un hecho desgraciado: la esperanza no nos abandona jamás.

Ella es siempre el último doliente que se retira del borde de la tumba, cuando todos los demás deudos de la vida se han retirado de aquélla.



*Joaquín Arosemena*

Confundidos, anonadados, con la muerte en el alma, lo demás vino, sin embargo, sin arrebatamiento, sin discursos, sin esfuerzos, como un sueño... No vacilámos un instante. Había un caballo; monté en él y los demás me siguieron. Crucé vertiginosamente un llano por el cual iba hallando soldados de nuestro Campamento a quienes preguntaba: *¿qué hacen?* y contestaban con tristeza: *Buscamos qué comer!*

En el Cangrejo estaban Chaux, Ramírez y Domingo de la Rosa, a quienes les curaban las heridas. Nada me dijeron, nada sabían, nada podían decirme. Habían sido soldados, habían entrado por donde les mandaron entrar, cayeron peleando y los retiraron del campo.....

En Perry's Hill era distinto. Decíanme que allí estaba el Campamento, y en efecto, desde lejos alcancé a ver los grupos en la falda de la loma, tendidos unos al raso, sin sombrajos ni abrigo; andando algunos, sentados otros al rededor de dos o tres hogueras. Al distinguir junto al verde claro de la loma el rojo de las mantas y el blanco de las ropas, mi vista se concentró por un instante. Un humo azulado ascendía con lentitud, y no pensé en las realidades sombrías de la situación, sino en escenas de lucha y de esperanzas. Pero, ¡cuán corto fue ese instante! Al acercarme vi bien que el rojo se mezclaba con el gualda. No había risueñas filas de blancas tiendas, no ondeaban al viento las enseñas, no había ruido de armas, ni relincho de caballos, ni algazara de soldados... Reinaba, al contrario, una tristeza inmensa, semejante a la de las casas en donde hay enfermo; tal parecía a mi llegada que se andaba de puntillas y se hablaba en voz baja. Había doscientos muertos, insepultos, que se estaban hinchando y otros tantos heridos *sin la primera cura*, en la llamada *Nevería*, sin alimentos, sin medicinas, sin camas;



pero lo triste, lo horrible, lo desesperante, no era nada de éso. Cualquiera puede calcular lo profunda que es la crisis que sufre un Ejército después de la batalla, y cómo hay necesidad de rehacerlo, de reorganizarlo para recomenzar; mas esa no era crisis, era una catástrofe sin nombre. Era que aquel Ejército de bravos y abnegados, reducido a la mitad, cansado de la lucha y abrumado por el sueño, tenía además *dos días de no comer!!* No era ya Ejército de hombres, sino de estatuas o de sombras, pues el hambre, la fatiga y el continuo contacto con las escenas horripilantes del campo de batalla, embotaban su espíritu y les daban una indiferencia glacial. Allí estaban a pie firme, como dicen; sobre el lodo y bajo el agua, ocupando sus primeras posiciones; pero no era por ellos mismos, los pobres desventurados de rostros pálidos, de cabezas amarradas con pañuelos, de ojos hondos y mirada vaga, sino por el pánico, por el miedo cerval que habían infundido en los regenerantes. La arremetida había sido tan grande, tan horrible, que estos tres veces humillados enemigos no osaban todavía dejarse ver. Seguían en sus trincheras formidables, y aun después, con mucho de pasado el cruento choque, apenas se atrevían a sacar las narices por entre las rendijas de ellas, a manera de armadillos en sus huecos. Estando en tal manera, cuando querían asegurarse de su situación, pegaban el ojo al enrejado de los parapetos, aguzaban el oído y tendían la mirada —si veían todavía el suelo sembrado de cadáveres— temblando volvían a agazaparse y a hundirse en sus zanjas....

Cuando hube llegado a la casa de madera que se asienta en la cumbre de la loma y visto desde ella el campo en donde se había cumplido el drama, mi dolor fue más hondo y más intenso aún, porque si bien es cierto que al discutir el plan de ataque en La Chorrera, sin ninguna confusión había surgido ese campo en mi memoria y lo había transmitido así a los demás, en esa vez se recorría más distinto, más diáfano todavía a mi vista, sin la

vaguedad del recuerdo. Es claro que todos tenían que verlo así, y, ¿cómo era posible que viéndolo y sabiendo que en la estrechura del fondo estaba atrincherado el enemigo, hubiera podido intentarse penetrar a la ciudad por tal estrechura? Abajo de esa loma, a corta distancia, rodaba el mar sus olas, dejando al descubierto, en seco, al retirarse con la marea baja, una extensión de media milla de playa. El enemigo no había levantado, no habría podido nunca levantar trincheras en ella, ¿por qué, pues, de noche, validos de las sombras, no habían intentado entrar a la ciudad por ese lado?

Así me interrogaba en balde a mí mismo, mientras contemplaba el panorama, y así mismo interrogaba a aquellos tristes y sombríos oficiales que se habían agrupado a mi alrededor. Inútil era; porque hay errores inexplicables y preguntas que no pueden contestarse. ¡Cuántos de ellos decían haber advertido a Herrera y reveládole la verdad! ¡Triste consuelo ese, como el de todas las desgracias, el de lamentarse uno de no haber hecho lo que habría podido hacer para evitarlas! Los procedimientos diversos que entonces indica la prudencia, son como las virtudes de un muerto querido que no se ha de volver a ver. Recordamos esos medios y procedimientos de un modo inequívoco, y rehaciendo el episodio, creemos seguir la estela luminosa que dejan hasta coronar el éxito.

Todos estaban de acuerdo o en que los errores venían de muy atrás....

En Corozal, decían, triunfamos porque triunfar era lo inevitable. Albán cometió allí el gran error militar: avanzó sus fuerzas como por un tubo, que es la línea del Ferrocarril, y cuando llegó a la boca angosta de esa especie de embudo, se encontró con el *Robles* y el *Uribe Uribe* que le cerraban el paso. Dos compañías del *Libres de Chiriquí* y los escuadrones *Patria* y *Libres de Colombia* dieron la victoria. Cuando Herrera llegó al lugar del combate se halló con la aprehensión o captura de los prisioneros. Llegó a tiempo para cobrar el precio de la victoria, y ese precio que era la ocupación o conquista de Panamá, no lo cobró. Todavía, a su llegada, se oían las pisadas de los fugitivos y podía ponérseles los pies en los talones. La ciudad estaba tan cerca, que allí se oyen las campanas de su catedral. Transimenes está infinitamente más lejos de Roma, y todo el mundo está conforme en atribuir la pérdida de ésta para Aníbal a su vacilación después de la victoria; y Herrera vaciló no por falta de advertencias. Nicholson, por ejemplo, Salamanca, Cano, Aparicio, Salgado, Quintero y otros más se lo rogaron. Exponen muchos de éstos, que decía: "*No tengo orden de seguir,*" lo que de ninguna manera lo excusa, porque tampoco tenía orden de pelear, fuera

del plan acordado, y había peleado, y así con otras cosas. Quien ha hecho lo más, bien puede hacer menos. Hay desobediencias sublimes. Las órdenes en campaña se cumplen o no, según el criterio de quien las recibe. Me refiero a las órdenes relativas a las operaciones, cuando éstas deben realizarse fuera de la vista de quien las ha dictado. Todo el que conozca la guerra franco-prusiana, sabe que Moltke fue desobedecido varias veces por sus subalternos, durante esa guerra, y que el gran maestro aprobó la desobediencia. Hubo más: de Panamá salieron varias personas a pintarle a Herrera la situación de ésta y a rogarle siguiera a ocuparla sin pérdida de tiempo. Una de esas personas fue una joven patriota, hija de Benjamin Ruiz, y la otra Ulpiano Sencial.<sup>(1)</sup> Le hicieron saber que muchos de los Jefes de la plaza, Belisario Losada, J. M. Guerrero, J. M. Parada Leal, Juan Antonio Henríquez y algunos más, generales unos, coroneles otros y no pocos detractores procaces, héroes de lengua, habían volado de la ciudad y se habían refugiado en Flamenco, a bordo de un vapor de guerra inglés. El

---

(1)—Guayaquil, Ecuador, Octubre 3 de 1900.

Señor Doctor Don Belisario Porras,  
Managua.

Muy estimado Doctor:

Ya habrá llegado a su poder un folleto publicado por el General Don Salvador Toledo con motivo de las acciones de guerra en Corozal y Panamá.

Como Ud. verá, en él abundan inexactitudes que afectar la causa liberal, y lo que es más, a sabiendas de la comisión que yo desempeñé al llegar a Corozal, existe un cargo que me atañe directamente y que debo aclarar.

Noticias que aquí recibimos de varios lugares, nos hacen creer que nuestra guerra continúa con vigor, por tanto no creo oportuno el momento de recriminaciones y cargos, aunque fundados, entre nosotros y por esto me he abstenido de dar publicidad a mi aclaración. Además, por fuerza tengo que hacer un cargo a Herrera y la ropa sucia es preferible lavarla en casa.

Pero como esta mi aclaración creo yo deba formar parte de los documentos para la historia de nuestra actual lucha, y como quiera que yo no declino la honra de haber cumplido con un deber sagrado en favor de la causa de mis convicciones, quiero que conste en poder de algunas personas prestigiosas. Además como supongo que Ud. escribirá algo, con referencia a aquellas acciones y rectificará el folleto de Toledo, quiero que tenga presente aquel documento.

Mi correspondencia para Ud., debe existir en la caja del Doctor Pablo y Ud. puede pedirla. El mismo Doctor Arosemena, Don Miguel Céspedes, Don Gustavo Pradilla o el Doctor J. Fortich, pueden informar a Ud. cuánto he luchado por la causa y cuáles fueron mis planes al salir de Costa Rica.

Le adjunto, pues, copia de la declaración de que he hablado, suplicándole el favor de conservarla junto con esta carta, apreciándole la honra de la contestación y recibo.

Soy su muy atento servidor, amigo y copartidario,

ULPIANO B. SENCIAL.

#### COROZAL Y PANAMA

Con este título ha visto la luz pública un folleto de la pluma de mi amigo el General Don Salvador Toledo en el que detalla con mucha precisión aquellas grandes acciones de guerra. Leyéndole he encontrado algunas aseveraciones que por cualquier causa no son completamente exactas, y como ellas me atañen personalmente y afectan la causa liberal, me veo en el caso de aclararlas.

mismo General Albán había hecho preparar el bote de la Capitanía del puerto para emprender la fuga...<sup>(2)</sup>

El desconcierto en la ciudad era grande ¿qué esperaba Herrera? Es imposible saberlo; es más bien fácil adivinarlo.

El 21 lo empleó, lo mismo que el siguiente, en cruzarse notas con Albán. Intimó la rendición de la ciudad, y mientras le enviaron la respuesta, los enemigos tuvieron tiempo sobrado de reponerse del pánico. ¿Quién no ve que el que pide pudiendo tomar es porque no está seguro de su derecho o de su poder, que en la guerra se denomina fuerza? ¿Quién no comprende hoy que la intimación de rendición es un meter miedo banal? Preciso es creer que Herrera no sabía, antes de llegar a Corozal, lo que tendría que hacer, y vaciló al llegar allí. En la vida hay siempre un cuarto de hora fatal: lo tienen las mujeres, según dice Rabelais; y seguramente lo tienen también los hombres. Napoleón decía que había observado que siempre es un cuarto de hora el que decide de los destinos de una batalla. Ay! Herrera tuvo muchos cuartos de hora: calcúlese cuántos tuvo en tres días seguidos!.....

---

Corresponde al aludido foliote el aparte que copio en seguida y que corre a la página 10: ..... "y aún en estas circunstancias pudo haberse hecho el esfuerzo de llegar a Panamá, si los liberales que allí se encontraban presenciando el estado de las fuerzas enemigas y el desconcierto de los Jefes hubieran salido a nuestro campamento a dar cuenta de aquella situación. ¿Lo hicieron? No conozco dato alguno a este respecto y de consiguiente se perdió el momento más precioso y favorable a nuestra causa."

Del 2 al 20 de Julio permanecí en Panamá, en misión especial y espontánea que, como soldado que anhela ver restablecidos los principios liberales, me impuse en favor de aquella causa, y tuve ocasión de informarme de todo lo que convenía a mi partido con respecto al Gobierno.

El 21 de Julio a las 12 m., un poco después de terminado el combate de ese día, me trasladé, no sin algún peligro, al campamento de Corozas y allí informé al General Herrera de la situación de Panamá; del número de fuerzas del Gobierno, del pánico que allí reinaba y del desconcierto tan singular en sus Jefes, agregándole más: que era el momento oportuno para entrar a Panamá.

Como fuera éste mi exclusivo objeto de acercarme a aquel campamento a más de poner, como es natural, mis servicios a la orden de nuestro Jefe allí, me extrañó que el General Toledo no tuviera conocimiento de la comisión que yo desempeñé al llegar a Corozal, y esto me hace hoy escribir estas líneas, para hacer constar que sí hubo un soldado liberal, que impuesto de la situación de Panamá y creyendo también como el General Toledo, que este era el momento *precioso* para que nuestras fuerzas avanzaran a ocupar aquella ciudad, voló a cumplir con aquel sagrado deber.

Ignoro y respeto las razones que hayan obrado en el ánimo del General Herrera para no haber ordenado la marcha inmediata y por ende dejara de aprovechar el momento oportuno de tomar a Panamá.

Son estas las razones porque me he visto precisado, aunque con repugnancia, a aclarar el aparte copiado, y no siendo la índole de mi aclaración ahondar discusiones, hago constar que siento en el alma tener que hablar con toda la verdad, aunque ésta sea en ocasión triste y amarga; pero mi deber como liberal colombiano y mi carácter me fuerzan a hacerlo así.

Espero que el General Toledo atienda el contenido de estas líneas, puesto que está fundado en el terreno de la verdad.

Guayaquil, Septiembre 22 de 1900.

ULPIANO B. SENCIAL.

(2) —El señor Reinaldo Hincapié, Capitán del Puerto, fue removido por no haberle alistado a General Albán el bote de la capitanía tan pronto como lo pidió. Así se nos ha informado.

Durante esos tres días se preocupó más de las pocas tropas que debían operar por Farfán, que de sus mil doscientos hombres y de la captura de la ciudad. No puedo creer que su objetivo esencial no fuese la ocupación de Panamá, sino hacer frustráneo el plan de ataque concertado por mí y acogido en Consejo de Jefes, diferente de como había indicado él; pero es evidente que no supo aprovechar los instantes embriagado por el triunfo. Mientras tanto, el enemigo, repuesto de la derrota sufrida y del pánico consiguiente, ahondaba zanjás en la barranca de Pueblo Nuevo y levantaba parapetos inexpugnables, con rieles de acero y durmientes de cocobolo y guayacán.

El 22, al medio día, avanzaron las tropas sobre Perry's Hill, y el 23, en la tarde, se unieron con las del General Ramírez, que al fin llegó.<sup>(3)</sup> Era esta fuerza el batallón *Cazadores del Pindo*, por el estilo de nuestros diminutos batallones, de 105 hombres, más bien menos que más.

Al declinar la tarde de ese día tuvo Herrera otra inspiración desgraciada: la de retirar de Corozal las fuerzas que interceptaban la línea del Ferrocarril y que aseguraban nuestra fácil retirada por allí.<sup>(4)</sup> Con esto rompía, por decirlo así, nuestro cordón umbilical. Nuestro claustro materno, lo que nos había dado el sér, estaba en los pueblos del interior del Istmo, y era por allí, por Corozal, por donde podíamos ponernos en rápida comunicación con la madre cariñosa que todo podía darnoslo: ganado, víveres, hombres y entusiasmo.

Era evidente que con cualquier desastre no podíamos contar con nuestras naves, por su poca capacidad, por la dificultad del embarque en toda esa costa, desde Paitilla hasta el Bayano, y por la precaria suerte que correríamos cruzando el golfo en busca de los pueblos del interior del Istmo, al paso de *cuatro millas* por hora, que era andar de "La Cisterna," y con tres o cuatro bongos a remolque.

En tales condiciones, tenía que quedar nuestro Ejército a merced del adversario y en imposibilidad de poder realizar acción militar ninguna. Pero así quedó dispuesto por él, y el 24 en mañana, a las cinco, el Ejército se puso en situación de combate. En ese instante con la luz del alba, se avistaron los buques en que llegaba Chaux con las fuerzas que debían operar por La Boca, y se esperó que llegara.

---

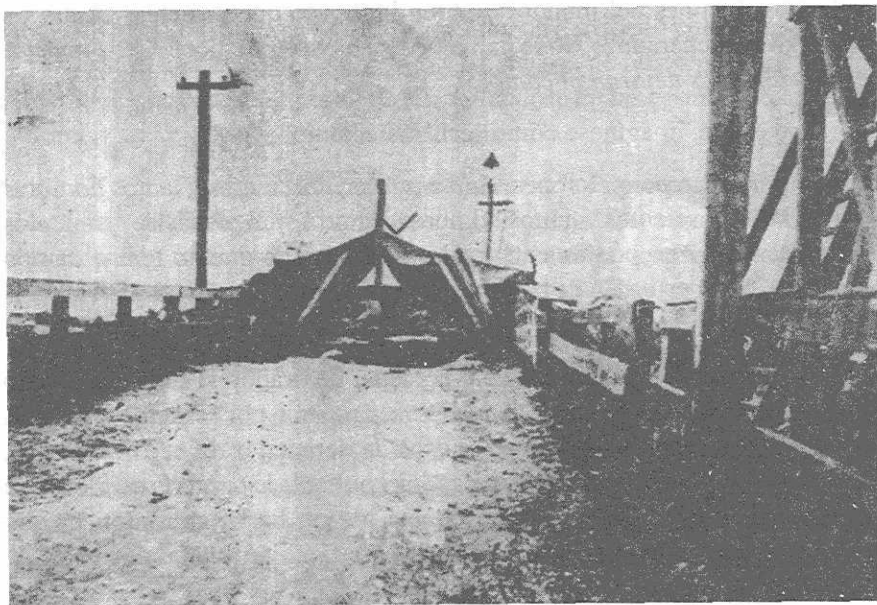
(3) –Empleó 12 días de Chapo a Panamá.

(4) –En el momento que el General Herrera ordenó la retirada de nuestras tropas de Corozal, rompiendo nuestra comunicación con los pueblos del Interior y dándole por tal movimiento libre paso al enemigo, uno de sus ayudantes, Juan Romero, se manifestó tan disgustado por ello, que llegó a hacer a dos Jefes más, que no aceptaron, la proposición de desconocerlo y amarrarlo.

A las ocho de la mañana comenzó la lucha....

Imagínese cómo tuvo lugar: dos batallones por la playa, cinco por el centro y dos más por San Miguel, en busca de la orilla del pantano. Eso era lo que Herrera llamaba los tres cuerpos: ala izquierda, centro y ala derecha; cosa simplemente ficticia. Por donde él echaba el grupo, la multitud de patriotas, de simples y abnegados, no había más que una estrechura de 700 a 800 metros, mermados por el pantano que forma el estero de Peña Prieta. Los demás eran callejones que desembocaban a esta estrechura: callejón entre cercas de alambre, barrancos y pantanos. ¡Qué horror! ¡Si siquiera hubiera esperado la marea baja! Así el callejón de la playa no hubiera sido de treinta varas, sino de mil o dos mil..... Si siquiera hubiera llevado cortafíos, así, rotas con ellos las cercas de alambre, se hubiera agrandado el callejón de Calidonia... Se lo habían indicado así, y a Carlos Jaramillo y Manuel Patiño, que fueron los primeros en decírselo, les contestó: *No importa; arremetan de firme y les dejarán el campo.*

Francisco Manzano, salvadoreño, tan atronado como simpático y valiente, se había ido gateando en la noche precedente, arrastrándose por entre la maleza y los escobillales, habiendo llegado tan cerca de las trincheras de los enemigos, que los vió fumar, oyó sus conversaciones y apreció la forma y condición de sus parapetos. Volvió presuroso al Campamento y se lo contó todo al General. Le dijo: "Las trincheras están hechas sobre zanjas





con rieles de acero y durmientes, formando aspilleras en cada cruzamiento de las primeros con éstos; en el puente tienen, además alambres y planchas de hierro; cierran directamente la entrada de la ciudad, formando una línea transversal y dos líneas oblicuas, convergentes entre el mar y el pantano; el terreno se halla despejado en su frente por los tres callejones y con árboles y matorrales con los intermedios de éstos; sus flancos por el mar y pantano dichos, son inabordables; en fin, conservan fácil comunicación entre sí y con la ciudad”....

Herrera replicó: “*No importa, habrá sus dijuntos*”, y Salamanca, a la sazón allí, agregaba: “El puente será nuestro; dos horas y es bastante.”.....

¡Qué lenguaje! Así hablar suelen los guapos; pero también hablan así los ignorantes. El Partido Liberal es de esos: confiado, sencillo e incauto, pródigo de su sangre. El conservador no creía entonces sino que el liberalismo lo componían foragidos y tal como ordenaba los dolores profundos con que deploraba la muerte de sus héroes cristianos, así decretaba la calificación de malhechores con que execraba a los luchadores liberales. Cuestión de parecer. ¿No loan, al contrario, los últimos, la sencillez ovejil con que dan su pecho franco, abierto, para que dispare sobre él el *godo* agazapado? No creo que sea ignorancia de ellos. Napoleón decía que para saber cómo se dan batallas había que leer y meditar las relaciones de 150 de las dadas por los demás grandes capitanes; y ¿quién no lee hoy el doble de esas relaciones en los periódicos con que la presa vocea la historia por todos los rincones del mundo? ¿Quién ignora lo que es pelear contra un enemigo atrincherado? ¿No lo habíamos visto ya en Bejuco? “*No importa; arremetan y les dejarán el campo!*”.....

Con esa fe, imagínese cómo sería la hecatombe!

Entraron, no por pelotones, sino en masa; doscientos y tantos hombres por un lado, doscientos y tantos hombres por otro, y algo más de quinientos por el centro; y no podían entrar de otro modo, porque no tenían campo para maniobrar en orden de batalla, ni por columnas, con distancias enteras o medias distancias.....

¡Si al menos se hubieran hecho preceder de tiradores! Estos van como grupo de cazadores que acechan una res, se arrastran por el suelo, se ocultan detrás de las matas, se agachan a la espalda del menor relieve del terreno, haciendo fuego cuando pueden, zafando el bulto de la puntería que les hace el contrario. Apoderados de una cuneta, de un barranco, entonces son reforzados por una nueva sección, que va también arañando el suelo,

ganando paso a paso el campo. ¿Así? ¿De tal modo? No! Proceder así debía parecer indigno del Partido Liberal. Mejor era lanzarse impertérrito, con entusiasmo, con esa especie de frenesí del gran partido, es decir, en masa, como en la infancia del arte de la guerra, sin ningún ataque preparatorio, de viaje, con un solo choque general y único.

La distancia era grande, y por eso debía iniciarse el combate con la artillería, para destrozarse la artillería del contrario, destruir sus defensas, sus abrigos, mantener sus ánimos en estado de tensión y producir en él gran fatiga física y moral para preparar el éxito de las operaciones subsiguientes. La artillería sirve para eso; allí no. ¿Quién iba a tener paciencia para ese entretenimiento de bombas? *Mano a mano* era mejor, y frente a frente, a cincuenta varas del enemigo, cañón contra cañón, metralla contra metralla, cuerpo a cuerpo, como en un pugilato; pero eso sí, el uno a cara descubierta y el otro atrincherado.....

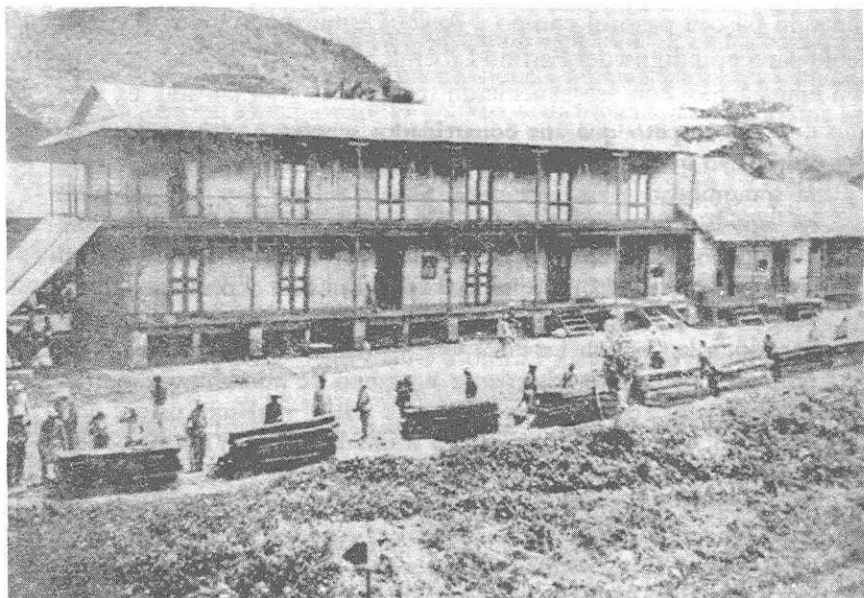
El deseo, el ansia voraz era de llegar al pelo, a las orejas, a las zancadillas y topetar boca con boca, diente con diente...

Entonces sucedió lo que debía suceder, que el conservador lo dejó ir, agazapado, en acecho, conteniendo la respiración, pegando el ojo a las rendijas, tendiendo la mirada, fija el arma, apoyado el dedo en el gatillo. Los dejó ir, más, un poco más, y cuando los tuvo cerca, bien cerca, disparó con absoluta impunidad, dejándose oír la primera estentórea explosión! ¡Oh nobles! ¡Oh incautos camaradas!

La metralla, como un granizo rasante, ha derribado pelotones íntegros, y por entre una atmósfera de humo y de sangre, de olor a pólvora y a trapo quemado, se ven rodar por el suelo, agitándose en las agonías de la muerte, hombres y bestias en horrible confusión.

Se oye el grito de ¡*Viva el Partido Liberal!* y de nuevo otros pelotones avanzan, saltando sobre los muertos... El enemigo feroz los deja ir de nuevo, agazapado, en acecho, pegando el ojo a la rendija, tendiendo la mirada, y cuando están cerca, más, un poco más, vuelve y dispara, y el ronco acento va rebotando con lúgubre cadencia. Otros ruedan también, como hierbas segadas, pero hay que seguir y coronar la meta.

San Miguel, la ermita de piedra, ha caído en nuestras manos; y la mosquetería, no obstante la lluvia torrencial que se desata, acrece su intensidad: la crepitación anuncia mayor encarnizamiento; renacen nuevos bríos; alienta la esperanza, y ya creen los nuestros asegurada la victoria. Sin embargo, ese inconcebible brío de leones va a estrellarse contra lo



inexpugnable. Lo serio no está en los parapetos, está, y junto con lo horrible, en aquel callejón del infierno que rugie y relampaguea de un modo siniestro. Hay un punto en él desde el cual no tienen hasta el puente del Ferrocarril, ocupado por el enemigo, ninguna torcedura ni recodo, y desde ese punto es preciso recorrer andando de frente, algo más de cuatrocientos metros. ¿Qué podían hacer los héroes desequilibrados, enloquecidos, a quienes atrae ese puente como el imán atrae las limaduras de hierro? Seguir adelante. Ya han entrado, y no pueden detenerse porque eso es sucumbir; ni retroceder porque eso equivale a la vergüenza. Como ola embravecida avanzan, pues, y el *godo*, agazapado apunta, pegando el ojo en la rendija, tendiendo la mirada. ¡Oh tristes! El trueno estalla y la masa de héroes rueda, triturada, en montones informes, boca-abajo, boca-arriba, de lado y unos sobre otros, como al soplo del niño, las falanges de sus soldados de plomo...

Sólo por ese increíble amor que despierta la doctrina liberal, puede explicarse ese desprecio extraordinario por la vida. En lucha tan desigual, nuestros fuegos son sin éxito; esfuerzos vanos que un destino implacable burla.....

Ya declina la tarde; el sol se esconde, y aquel gran esfuerzo, hecho con la vislumbre de la victoria, empieza a declinar también. ¡Han caído tantos en diez horas de recibir la muerte a quema ropa!... En ese instante todavía se ven rostros sudorosos estremecidos por las contracciones del furor

sublime. El enemigo, sintiéndose invencible, redobla sus esfuerzos. Fusilería y metralla, el fragor es horrendo. Sigue matando, destruyendo todo lo que se pone a su alcance; su furia salvaje elige víctimas: Joaquín Arosemena, Fabio Tejada, ¿quién puede desconocerlos? Generales, coroneles, oficiales y sargentos son los preferidos....

Al fin, la tragedia toca a la escena desbordante de dolor; los restos de nuestros batallones, mezclados en terrible confusión, son sólo un torbellino de hombres que caen, y los que aun viven, sintiendo acabárseles la esperanza de la victoria, ceden a la imposición de la desgracia que extiende su velo sombrío sobre aquel campo, cubierto de sangrientos despojos; sangre noble y generosa que humea como antorcha funeraria que pronto se va a extinguir!

Los heridos se arrastran penosamente, con inauditos esfuerzos, caen, se levantan de nuevo, blancos como la cera, helados por la proximidad de las sombras, dan pasos vacilantes, dejando surcos de sangre y vuelven a caer exánimes: desesperados otros, se esfuerzan por seguir las huellas de los pelotones que se van retirando. El sol, oculto ya detrás del impasible Ancón, refleja un débil fondo rojo sobre ese lúgubre cuadro, y entre tanto, el *godo*, agazapado, apoya el rifle, y convulsivo aguarda, pegando el ojo a las rendijas, tendiendo la mirada... ¡Nadie se acerca! ¡Caídos están todos!... Al día siguiente reinaba en Perry's Hill tristeza inmensa... El Ejército de bravos y abnegados, mutilado, a la mitad, no era sino un Ejército de estatuas, de momias o de sombras, pues el hambre, la fatiga y el continuo contacto con las escenas horripilantes del campo de batalla, embotaban su espíritu y les daban un aspecto de indiferencia glacial. Allí estaban a pie firme, como dicen, sobre el lodo y bajo el agua, ocupando sus primeras posiciones; pero no era por ellos mismos, los desventurados, de rostros pálidos, de cabezas envendajadas, de ojos hondos y mirada vaga, sino por el pasmo, por el miedo cerval que habían infundido en los regenerantes.....

Lo demás no es para mí sino un kaleidoscopio de sombras chinescas. Reorganización del destrozado Ejército; armisticio o suspensión de hostilidades, ambulancias y cruz roja: todo eso pasa por mi mente de un modo oscuro y vago.

El anuncio de la llegada a Colón de 1.250 hombres al mando del titulado General José María Campo Serrano, y el de la próxima llegada de "La Boyacá" con 150, fueron dados por los Cónsules de los Estados Unidos, Francia e Inglaterra, y por el Director de la Compañía del Canal, que fueron a vernos y a ofrecernos su mediación, "Nosotros -nos habían dicho esos señores- no estamos en favor de ninguno de los dos contendientes, pero sí

desearíamos que llegaran a un arreglo honroso sin más derramamiento de sangre. Todo otro asalto a la ciudad, sería ya hoy del todo estéril.” .....

La revelación fue horrible; cayó sobre nosotros como ciclópea maza. Si el Gobierno podía enviar tropas de Barranquilla al Istmo seguramente era porque ya no había para él cuidados por esa parte, y habíamos —como se venía aseverando— sucumbido en *Palonegro*. Nuestra Flotilla del Atlántico tenía, además, que haber desaparecido de las aguas colombianas, conforme a los rumores que nos habían llegado, pues de otro modo no viajaría tan impunemente ningún buque con tropas de Barranquilla a Colón.

<sup>(5)</sup> Tales las inducciones a que daban lugar las afirmaciones del Cuerpo Consular. Aceptámos, pues, la mediación y consiguiente suspensión de hostilidades que, por su medio, se nos proponía; y reunidos Herrera, Chaux y yo, nos dimos a estudiar la situación. En la noche ya vimos claro lo que debíamos hacer. El enemigo rompía hostilidades, no obstante el compromiso con los Cónsules, premeditadamente, para recuperar la Iglesia de San Miguel, posición cuya pérdida le tenía humillado, y para facilitar la llegada de los refuerzos llevados por Campo Serrano. No pensámos ya sino en el modo de salvar los restos del Ejército.

La imposibilidad de hacerlo era casi absoluta, pues en Perry's Hill, **cortada nuestra salida** por Corozal; estábamos como en un saco, cuyo fondo era Chepo, y en una retirada a ese punto, *para continuar la lucha por allí*, llegado que hubiéramos a él, no tendríamos gente con que engrosar las filas ni víveres suficientes para sostenernos, ni campo para emprender operación ninguna seria. La retirada sólo podía tener por objeto buscar nuestra flotilla *para escapar en ella y seguir la lucha en otro punto*; pero aparte de que en nuestros barcos difícilmente podíamos movilizar más de 300 hombres, no teníamos en la costa sino dos puertos conocidos de abordaje, y esos puertos eran el mismo de La Caja, a la vista de Panamá, y el del río Bayano, en Chepo.

---

(5) —Por un tiempo, según datos adquiridos posteriormente, el General Justo L. Durán, diera con el desembarque en Puerto Caimán, de todas las tropas y elementos que había en el Magdalena para atacar simultáneamente la citada ciudad. Este era el proyecto del General Durán. Las órdenes respectivas fueron encomendadas al General F. Ruiz Sandoval, quien con tal objeto salió de Riohacha el 30 de Junio hacia el puerto del Zapote, comandando los dos vapores “Gaitán” y “Peralonso”, que debían regresar a más tardar el 7 de Julio para llevar a cabo el proyecto de ataque a Barranquilla, fijado para el día 18. Pero Ruiz Sandoval, en su carácter de aventurero, se alzó con la flotilla, condújola a la Guaira y allí fue aprehendida por el Presidente Castro. No pudo, por consiguiente, verificarse la única buena inspiración de Durán, que habría evitado el señorío del Gobierno en el mar, el envío de refuerzos al Istmo y el desastre que de aquí resultó.

Nos colocábamos en una alternativa tremenda: o íbamos a Chepo o nos dirigíamos a la boca de La Caja dicha. Para ambas retiradas nos veíamos en la forzosa necesidad de abandonar nuestros 200 heridos, y en la de perder 500 o 600 rifles, correspondientes a nuestras bajas, que no nos sería posible transportar. Separadamente tendríamos, además, para cada una de ellas lo siguiente: por la boca de La Caja, el abandono de 300, si no más, de nuestros compañeros, ¿y cuáles iban a ser éstos? Por Chepo tendríamos la seguridad de que el enemigo, antes tal vez de que llegáramos, nos cerraría la Boca del Bayano con “La Boyacá” o con cualquiera otra nave armada en guerra y si lo hacía, quedaríamos sin poder salir al mar, sin poder avanzar más, de Chepo en adelante, por el *jalto ahí?* de selvas no tocadas ni por la planta de los españoles, y amenazados por detrás por un enemigo superior que iría en nuestro alcance.

Equivaldría esa retirada, sin contar con la aspereza y fragosidad de los caminos, en los cuales empleó Ramírez con 100 caucanos, diez o doce jornadas, al desastre total, a la pérdida total de nuestra gente, de nuestras naves y de nuestras armas.

Por la boca de La Caja había un peligro inmenso, aparte del abandono de la mitad de nuestra gente, y consistía en la dificultad y lentitud del embarque y en que estando esa Boca tan cerca de Panamá —a su vista—podían aplastarnos mientras nos pusiéramos a realizarlo. Para comprenderlo, bastaba hacer el cálculo del tiempo que se emplearía en embarcar 300 hombres por medio de cuatro a seis malos botes en los que no cabían 15, a buques anclados a dos mil o tres mil metros de la costa, y tener presente que de Panamá a la boca de La Caja no hay por tierra más que una hora.

¿A qué hablar de la falta de combustible para los buques de vapor; del tardo andar de “La Cisterna” y de las dificultades y peligros de una travesía con cuatro o cinco bongos y otros tantos botes a remolque? Era claro que sólo nos quedaban dos medios para poder salvar las naves y la mayor parte del armamento y de la gente, y eran el de *contener* o el de *entretener* al enemigo en donde estábamos, mientras tanto. Para *contenerlo* había que hacerle frente e impedirle el paso con los hombres que no se pudieran ir, y para *entretenerlo*, con uno solo era bastante.

Con rubor lo digo —porque no sé mentir— y no debo ni puedo mentir; mi relación ha de ser rotundamente verídica. Puesto que Chaux y Herrera eran de los que se querían ir a *continuar la lucha*, ese hombre que debía *entretener* al enemigo, tenía forzosamente que ser yo. ¿Por qué había de vacilar un solo instante?..... Contener al enemigo en Perry’s Hill con la

gente que no podía irse ¿no equivalía a hacer perecer esa gente? ¿No era mejor el sacrificio de uno solo?

¿No había ido allí a prestar un nombre, como quien da su capa, para cubrir las pudendas de un yerro o el recato de nuestra consumada ruina?

Mendoza aceptó conmigo el sacrificio, y *recibió las credenciales que le dió Herrera* para firmar la rendición en los términos propuestos por Albán.<sup>(6)</sup>

¡Cómo se habían cambiado los papeles! Desde la madrugada al amanecer del 26, las tropas llevadas al Istmo por Campo Serrano, estaban tendidas en la línea del Ferrocarril, cerrándonos el paso para Corozal; y así, idos ya Paulo Emilio Morales, Chaux, Ramírez, Toledo y Herrera, *con todos los que quisieron irse, llevándose mil rifles, cien mil tiros, tres a cinco mil pesos, dos cañones y giros por valor de cuatro mil quinientos pesos contra el señor Mauricio Halphen, comerciante de David* –los que más tarde hizo efectivos el General Benjamín Herrera, cuando actuaba como Jefe de operaciones en la nombrada población– a la vista de aquellas tropas o al alcance de sus proyectiles, se firmó el arreglo por Mendoza, a nombre del General Emiliano Herrera, y fue aprobado por mí.

Nicolás Tejada, en unión de otro Jefe cuyo nombre no recuerdo, fue escogido para la entrega de los elementos de guerra, conforme al tratado, e hicieron la de *setecientos rifles, algún parque y dos cañones*. No hubo un rifle más, y los regenerantes tuvieron, que conformarse. A falta de otros elementos y de las naves, les habíamos dicho Mendoza y yo: *aquí quedamos nosotros* (Eusebio A. Morales, enfermo, en una de las casas de la sabana): *hagan lo que quieran...!*

Poco a poco me fui quedando solo en Perry's Hill. El primero que se alejó de mí fue Mendoza, cuyo hermano acababan de alzar del campo de batalla..... No fue nunca ese amigo hombre de sensiblerías, pero en esa vez no pudo más: tan quebrantada tenía el alma!

---

(6) –Aparte de las razones ya expresadas, el clamor de los extranjeros que nos acompañaban nos decidió o proceder así. Creíanse ya aherrojados, sentenciados a muerte y colgados de un árbol, como su imaginación se lo hacía ver como los godos se complacían en propalarlo. Algunos lloraban, y otros, desconociendo toda autoridad, vociferaban lanzando inculpaciones impersonales que se veía bien iban dirigidas a los Jefes. El General Salvador Toledo, extranjero también, empleaba los medios persuasivos para decidimos, contribuyendo no poco, con afirmaciones y frases indiscretas a producir tamaña flaqueza. En voces altas que las oían todos, decía que no quedaba un solo tiro de cañón, o bien nos decía oír el ruido del tren que trasportaba los refuerzos del Gobierno, ora veía desembarcar al enemigo en frente y a corto trecho de nuestras posiciones.

“Amigos en la adversidad –me dijo estrechándome en sus brazos– amigos de siempre.”

A las cuatro inundaron el campamento grupos de amigos de la ciudad, de curiosos y de enemigos.....

A las cinco, un cuerpo de guardia pretoriana comenzó a subir la loma a hacerse cargo de nuestro campamento, y los pocos amigos que entonces me rodeaban, me hicieron ver que era tiempo ya de abandonar ese calvario en donde parecía detenerme, encadenado, el infortunio.

Bajámos, pues, a la amplia senda que conduce a la ciudad, por donde únicamente podíamos llegar a ella, y a pocas vueltas, ahogados por terrible pestilencia, nos internámos en el callejón fatal en donde se había cumplido la más terrible escena del sangriento drama. La perspectiva que se descorrió a la vista fue espantosa. Empezámos a andar por entre cadáveres, a uno y otro lado del camino, extendidos unos, amoratados y encharcados en el lodo o en su propia sangre; sentados o de bruces o encogidos otros; cuáles con espumarajos en la boca; muchos con cara como de cera, reflejando en sus rostros y en su actitud inerte la última impresión violenta de la vida; tumefactos casi todos, inconocibles y en estado de descomposición..... Los cuervos se cernían graznando, y salvo algunos individuos que se veían a lo lejos sobre el puente, la calle estaba solitaria y silenciosa, abandonadas las casas, entreabiertas las puertas, dejando ver dentro de algunas de ellas montones de cadáveres en diferentes posiciones..... Contemplé con angustia el lugar donde cayó Temístocles Díaz..... Aquí, me decían, cayó Agüero; acá Joaquín Arosemena; allá Juan A. Mendoza; ese es Samuel Rostrup; aquél, Diego Miranda...

Partía el corazón ver aun insepulto, en ese campo de desolación, a Fabio Tejada, anciano de cerca de sesenta años; y como él, a otros muchos a quienes dio bríos la libertad por que pelearon y rindieron la existencia.<sup>(7)</sup>

Lugares había en donde se adivinaba el paso de la metralla barriendo el terreno, levantando en torbellino agua negruzca y sangre... Otros por donde se veía bien que el herido se había arrastrado con dificultad.

Como con una montaña de plomo que oprimía el corazón, después de atravesar ese osario de amigos, de camaradas y de hermanos, al llegar al puente volvimos a mirar atrás. No había detalles; sólo una calle larga de

---

(7) –Antes que Tejada, cayó en el Callejón del Infierno uno de sus valientes hijos. “Papá, gritó éste, estoy herido”; y el heroico viejo se volvió a verlo, lo envolvió en una mirada de amor y sin perder su puesto en el pelotón de que hacía parte, avanzó a morir al pie de la trinchera.



amargura y en ella un fondo lúgubre, silencioso y desolado. El sol, oculto ya tras el impenetrable Ancón, reflejaba un débil crepúsculo rojo sobre el tenebroso cuadro.....

¡Oh tristes! ¡Oh nobles! ¡Oh incautos camaradas! El vencedor que os nombró filibusteros, como un trofeo de victoria vuestros despojos guarda, esparcidos aquí y acullá en ese suelo que habéis hecho legendario con vuestra abnegación, vuestro arrojo y vuestro holocausto. No animaréis ya las legiones del futuro; pero vais a servir de ejemplo, denodados precursores de la gloria. En el Istmo no habrá más siervos, ni se contarán los hombres como ovejas: por manadas. Sois un lóbrego silencio, y en vuestras tumbas no se ostenta ningún fastuoso y significativo epitafio; pero no podrá pasar por Calidonia ningún *godo* sin estremecerse y sentir nerviosa crepitación de quijadas. Mañana, cuando luzca la libertad de todos y para todos en la Patria, un gran monumento señalará el lugar, hoy melancólico, de vuestra heroicidad sublime!.....

Véanse a continuación los documentos relativos a la suspensión de hostilidades, o la propuesta rendición y el arreglo firmado por Mendoza:

República de Colombia.—Departamento de Panamá.— Gobernación.—  
Sección de Gobierno.—Número 55.— Panamá, 25 de Julio de 1900.

Señor General Emiliano Herrera.-Perry's Hill.

Los señores Cónsules de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, acaban de regresar del Campamento de usted insistiendo en su noble interés de que se evite el inútil derramamiento de sangre que durante cinco días se ha verificado con intenso dolor de nuestra patria común. Para corresponder a sus civilizadoras insinuaciones, convengo en que el armisticio que actualmente disfrutamos se prolongue hasta mañana al medio día. Ofrezco, además, a usted y demás compañeros de armas, la misma capitulación que usted ofrecía a las fuerzas de mi mando en su nota del 22 del presente Julio, hecha a las 2 a.m. Reproduzco sus términos para mayor claridad:

“1º.—Que ella se acuerde y se firme antes de veinticuatro horas, durante las cuales se suspenderán las hostilidades;”<sup>(8)</sup>

---

(8)—El primer compromiso fue violado por parte del señor General Albán. La nota que puso al pie de la comunicación fue una pueril explicación, indigna de su carácter. Las hostilidades fueron rotas por parte del Gobierno de modo premeditado para recuperar a San Miguel, aunque fuera asesinando a la pequeña guarnición que teníamos en esta plaza y para facilitar la llegada de Colón y desembarque en Corozal de los refuerzos del General Campo Serrano. Tan indigna era la pueril explicación a que se alude, cuanto que la suspensión de hostilidades había sido propuesta por el mismo General Albán por medio de los Cónsules de Inglaterra, Francia y Estados Unidos y aceptada por nosotros.

“2°. —Que durante ese término me sean entregadas las plazas o lugares que usted tiene ocupados, con todos los elementos de guerra en ellos existentes; inclusive las naves de guerra y cualesquiera otras embarcaciones que hayan sido armadas en defensa de los lugares mencionados;

“3°. —La entrega en el término de la distancia, después de firmada la capitulación, de las demás poblaciones y territorios que existen aún en poder vuestro, con todos los elementos de guerra que en ellos haya;

“4°. —La garantía más absoluta de la vida para los jefes, oficiales y soldados que sirven en vuestras filas, como la de los empleados de vuestro Gobierno; concediendo a los jefes y oficiales el honor de conservar sus espadas y bagajes, y a todos el derecho de permanecer en el Departamento o salir de él, incluyendo los prisioneros de guerra que están en nuestro poder.”

A las anteriores condiciones debo agregar la condición de que saldrán de Colombia los extranjeros que, como invasores, han venido a este Departamento.

Según las indicaciones de los señores Cónsules, debo recibir la respuesta definitiva de usted mañana a medio día, quedando entendido que, de no recibirla, las hostilidades comenzarán inmediatamente.

Si ustedes aceptan sinceramente estas condiciones y las cumplen como hombres de honor, los recibiremos con los brazos abiertos.<sup>(9)</sup>

Para mí no hay locura más frenética que la de exterminarse incesantemente hombres que son hijos de una misma República que apagan su sed en una misma cascada y que adoran al mismo Dios.

Soy de usted atento y S. S.,

CARLOS ALBÁN.

NOTA: —A tiempo en que iba a remitirse el presente pliego, los fuegos se rompieron de nuevo entre las siete y ocho de la noche. No obstante lo remito a usted como documento de relativo valor histórico y en cumplimiento de lo que había ofrecido a los señores Cónsules. —ALBÁN.

(9) —Tal vez el General Albán sentía sinceramente como hablaba, pues es hombre de grandes rasgos de hidalguía y generosidad, más no así sus colaboradores y copartidarios del Istmo. Cuando leíamos su comunicación, nos entregaban cartas de la ciudad en las cuales se nos hacía saber lo que decían algunos de ellos: que esos arreglos se cumplirían en Panamá, no así en Chiriquí, Veraguas y Coclé. Cuántos de ellos no se sobaban las manos pensando deliciosamente su las fruiciones que tendrían con “las santas represalias” que iban a tomar!!

En Panamá, a veintiséis de Julio de mil novecientos, reunidos los señores Carlos A. Mendoza, plenamente autorizado por el General Emiliano Herrera, Jefe de las fuerzas que atacan a Panamá, y Carlos Albán, Jefe Civil y Militar del Departamento encargado del puesto como Secretario de Gobierno, también autorizado plenamente para el caso, han convenido en la siguiente capitulación:

1º.— Se acuerda una suspensión de hostilidades por el término de veinticuatro horas, que se vencen mañana veintisiete a las seis de la mañana.

2º.— Durante la suspensión de hostilidades no será permitido a las fuerzas combatientes abandonar sus líneas respectivas, ni menos retirar parte de las fuerzas para otros lugares. El armisticio quedará roto por el hecho de que cualquiera de las fuerzas en todo o en parte, marche por tierra o por agua con fin de trasladarse a otro lugar;<sup>(10)</sup>

3º.—Durante el término del armisticio serán entregados a las comisiones que designe el señor General Albán, las posiciones que ocupan las fuerzas del señor General Herrera, con todos los elementos de guerra en ellas existentes, inclusive las naves de guerra denominadas "General Ricardo Gaitán O." "Ocho de Junio," (Cisterna) "Victoria," (Chalupa N°. 26) y las embarcaciones menores que han servido al Ejército del General Herrera, con todos sus accesorios;<sup>(11)</sup>

4º.—La entrega en el término de la distancia, después de firmada la presente capitulación, de los territorios y poblaciones en las cuales ejercen jurisdicción las autoridades revolucionarias, en las Provincias de Veraguas, Coclé, Los Santos, y en algunos de los distritos de la de Panamá, con todos los elementos de guerra que en ellas haya;<sup>(12)</sup>

---

(10)—Cuando esto se acordaba, las fuerzas recién llegadas con el Sr. Campo Serrano, se deslizaban suavemente por la línea de ferrocarril, tomando posiciones para cerrarnos el paso.

(11)—Durante el término del armisticio, se entregaron a las comisiones designadas la, posiciones, que ocupábamos, con todos los elementos de guerra en ellas existentes. Lo que se salvó en el "Gaitán" no estuvo nunca allí sino a bordo. De las naves de guerra fueron devueltas "La Cisterna" y la lancha a vapor que nombramos "Victoria". El "Gaitán" siguió al Cauca y prestó en Tumaco, en Buenaventura y en todo el litoral de ese Departamento, importantísimos servicios hasta mediados de Diciembre de 1900 en que fue incendiado cuando la reocupación del primero de esos puertos por las fuerzas del Gobierno. "La Rosa del Charco", buque de vela en el que se habían hecho colocar 375 rifles y 68.000 tiros debió seguir al Cauca también, pero en alta mar sus tripulantes, en su mayoría extranjeros, se alzaron con él y fueron a recalar a Corinto en donde pretendieron venderlo todo, buque, y elementos de guerra, como buena presa!! El General Zelaya tuvo a bien retener esos bienes de la Revolución junto con mil rifles más y 220.000 tiros que el General Eloy Alfaro había remitido del Ecuador para la Revolución del Istmo.

(12)—Las armas y municiones que debían transportarnos los indios de Victoriano Lorenzo, habían quedado en La Chorrera, a nuestra salida de allí, al cuidado del Dr. E. Abadía. Creímos entonces que el amigo no cumpliría sus ofrecimientos; pero su palabra resultó honorable y correspondió a la cita,

5°.—El señor General Albán se compromete de la manera más formal a garantizar del modo más absoluto la vida de las personas de los jefes, oficiales, soldados y empleados civiles que sirven en la Revolución *en el Departamento de Panamá*, concediendo a los jefes y oficiales el honor de conservar las espadas y bagajes de su propiedad, lo cual se hace extensivo a los empleados civiles;<sup>(13)</sup>

6°.—Los extranjeros que han servido en el Ejército del General Herrera, saldrán del país lo más pronto posible, aprovechando para ello los primeros vapores que zarpen de esta bahía;

recibió el armamento y avanzó en nuestra busca, siguiendo nuestras huellas. Cuando los sesenta de su raza que llevaba, asomaron por Cocolí a la línea del ferrocarril, Albán los tomó por Ejército y me pidió, hallándome ya en Panamá, que ordenara su desarme. Le hice saber que ignoraba tuviéramos más gente, y que eso no podría ser sino miedosa exageración. Entonces Albán, sin más consideración, mandó a Pedro Sotomayor con fuerzas para que los persiguiera. Los indios a su vez, impuestos de nuestro desastre, regresaron a su montaña, contentos con los rifles, con los cuales tendrían para matar muchos venados. No les dió Sotomayor alcance, pero sí logró entrar hasta cierto punto de sus retiros solitarios y quemó algunos ranchos... Entonces, ellos, los de color cetrino y pelo lacio, dieron el grito de guerra que resonó por las montañas circunvecinas y se pusieron en acecho, conteniendo la respiración, al estilo de godo, agazapados... Cuando lo vieron avanzar, apoyando el arma en el mampuesto y pegando el ojo a la rendijas de las piedras, tendiendo la mirada, dispararon y la explosión produjo un eco resonante por las lomas...

Fue ese el origen y el modo como nació la guerrilla de Penonomé, de la que hicieron parte, según *El Orden*, Bernal, Rangel, Amador, Guial y otros muchos, hombres todos de mejor posición, de más virtudes y mayor mérito intelectual y social que aquellos que los han llamado en notas, sueltos de periódicos, resoluciones y decretos, "bandidos, cuadrilla de malhechores!!".

(13)—Al pasar por el puente del ferrocarril para entrar a la ciudad, en la tarde del 26 de Julio, a todos los Jefes del Ejército Liberal que lo intentaron se les despojó de sus revólveres y espadas; y a mí mismo me quitaron mi caballo, el incomparable rojo de Salvador Salado, "la niña de sus ojos..." Cuando se le reclamó al Dr. Albán, éste se declaró incompetente para hacer que me lo entregara el usurpador de él, un oficial de apellido Caro. Tampoco pudo el citado General garantizar la libertad, la vida, ni la propiedad de nadie en el Departamento. En la conferencia que tuve con él en presencia de Rodolfo Chiari, Carlos Jaramillo E. y Saturnino L. Perigault para obtener mi pasaporte a fin de salir del Istmo, le hice saber que el segundo de éstos tenía ir a Chiriquí, donde tenía sus intereses, por las amenazas de los enemigos. Repetían, ya con más seguridad, lo que nos habían comunicado a Perry's Hill: que el arreglo se cumpliría en Panamá, no así en Chiriquí, Veraguas ni Coclé....

El señor Albán entonces dio una carta de recomendación a Jaramillo y ¿qué sucedió? Que apenas puso Jaramillo el pie en David fué arrojado a inmundicia cárcel, de donde no salió sino después de que le arrancaron dos mil y más pesos. Como a Jaramillo, así trataron a los demás liberales del Istmo. En Los Santos, en Coclé, por todas partes, el saqueo fue general, saqueo contra el rico liberal, saqueo contra el infeliz labriego.

La época fue propicia para la completa liquidación de nuestro partido y para la regeneración del globo... El luto y la desolación asentaron en el Istmo su morada.

Cuánta tristeza! Bastaría referirse a las publicaciones de *El Orden* en donde se proclamaban los principios de crueldad, de la persecución y de la "santa represalia" que según ellos, se halla consagrada por el Código de la moral. Pero para que se conozcan detalles, mejor es que se lea a continuación el relato que hace un hombre de bien de lo que vio al llegar a David:

David, Agosto 19 da 1900.

Señor Don Silvestre Quintiero,

Managua.

7º.—Todos los demás comprometidos en la Revolución podrán permanecer en el Departamento o salir de él libremente;<sup>(14)</sup>

8º.—Tan pronto como se firme y sea aprobada por el Gobierno Revolucionario la presente capitulación, serán puestos en libertad los prisioneros de guerra hechos por ambas partes, así como los presos políticos;

9º.—Los heridos de las fuerzas del General Herrera quedan bajo la salvaguardia de honor del Gobierno; y

10º.—Para la aprobación de este convenio, se concede término hasta las tres de la tarde de hoy.

En fe de lo cual se firman dos ejemplares de un mismo tenor.

CARLOS ALBAN.

CARLOS A. MENDOZA

---

Querido Silvestre:

Llegué aquí a los ocho días de haber salido de Panamá. Jamás el vapor había gastado tanto tiempo para llegar a David. Parece que esa demora hubiera sido intencional, tal aguardando que se desarrollaran los horrores que han tenido lugar últimamente aquí... Inmediatamente que Lastra tuvo conocimiento por expreso de que habíamos capitulado en Panamá, procedió a tenderle un lazo a Rosendo Herrera, en el cual éste cayó y lejos de hacerte ver lo que pasaba para que se entregara, asesinó cobarde y miserablemente a treinta hombres que andaban por esas montañas armados, esperando el resultado de los acontecimientos. Le dieron muerte, ya preso, a Juan Contreras, cuñado de Herrera y al hijo de Rosa Jurado (Félix Jurado). A Rosendo lo tumbaron de un balazo en la ingle y en el suelo le hicieron tres tiros más de los cuales le pegaron uno en el brazo. Tal vez creyeron que con eso se moría, pues de lo contrario lo habrían acabado de matar. Un tal Cerceño de Alanje, también salió mal herido, y del resto no se sabe. Herrera no corre riesgo de vida. Cuando yo llegué aquí encontré la cárcel llena de presos. Allí dormían en la barra Ríos, Barraza, Balbino y otros más. Lo que se asegura es que la verja de los criminales estaba atestada de gente porque tenía revueltos a nuestros copartidarios con los asesinos y ladrones. Esto ha sido una época de terror. No ha habido casa de liberal que no hayan registrado, ni familia a quien no hayan inquietado, insultado o faltado al respeto a las señoras. A muchos esfuerzos y prestando una fianza de \$ 6.000 logré sacar a Ríos; para Barraza señalaron una fianza de \$ 2.000. A los extranjeros como el Padre Cajigas, Felipe Dávila, etc., los tienen presos para botarlos del país en la primera ocasión. En fin, han cumplido lo que dijo Victoria en Panamá: que en Chiriquí no respetarían ese tratado porque esa Provincia no se había incluido en la capitulación.

A todos los liberales los han barrido por entero, desde el acaudalado hasta el más infeliz: a Jurado le han quitado como 300 novillos, lo menos; a Hernández otro tanto; a nosotros todo lo que teníamos. En los potreros nuestros no han dejado más que terneros, y de los campos no han dejado sino solo liberal a quien no hayan saqueado de cuanto ganado de potrero y de sabana han tenido. Ayer trajeron todo el ganado del potrero de Julio Gómez y parte del de la sabana. Lastra ha dicho públicamente que está dispuesto a no dejar a los liberales ni ropa que ponerse. Tiene una trínca insoportable. Todo lo resuelve en consejo de Estado formado por Lastra, Obaldía, Venero, José María Jované, Oscar Terán y Juan Arias. Toda la familia te saluda afectuosamente.

Tu, hermano.

MANUEL.

(14)—Este compromiso fue violado. A mí se me concedió el pasaporte para salir del país en día de vacilación para el General Albán, cuando no conocía muy bien aún cuáles eran la, consecuencias del Golpe de Estado dado por sus congéneres en Bogotá. Eso, aparte de su carácter raro, de intermitencias, lleno de violentas y crueles exageraciones y de bondad y rasgos de hidalguía incalculables, todo me favoreció para que en un momento dado, que aproveché, me dejara salir de la especie da cárcel en que estaba. Pasados aquellos días de dudas y de sombras y fuera ya del país, comenzó a encarcelar a todos mis amigos con pretextos banales.

Jefatura Civil y Militar del Departamento.—Perry's Hill, Julio 26 de 1900.

Se aprueba en todas sus partes la presente capitulación.

BELISARIO PORRAS.

CARLOS A. MENDOZA.

Secretario de Gobierno.

El parte de los regenerantes sobre los combates librados en Corozal y Panamá, dice de este modo:

### PARTE DETALLADO

de los combates librados en Panamá, del 21 al 26 de julio de 1900.

República de Colombia.—Departamento de Panamá.—Ejército Nacional.—Panamá, Julio 27 de 1900.

Señor General Carlos Albán, Jefe Civil y Militar del Departamento.—Presente.

Dadas las atribuciones de que fuí investido por vos durante los sucesos militares que se han cumplido en esta ciudad y en sus alrededores, del 21 al 26 del presente mes, me considero obligado hoy a rendiros el parte detallado de estos acontecimientos de armas que tan bien puesto han dejado el honor del Ejército Nacional, y que venciendo una revolución, motivo de largos días de zozobra en este Departamento, devuelven hoy la tranquilidad a esta rica sección de la República y millares de brazos a la industria.

El día 19 del presente mes, teniendo vos conocimiento de que las fuerzas revolucionarias a órdenes de los señores Belisario Porras y General Emiliano J. Herrera, se habían movido de sus campamentos de La Chorrera en dirección a esta ciudad, en número considerable, dispusisteis practicar un reconocimiento en las afueras de la población a efecto de escoger el sitio más aparente para una línea de fortificaciones. Hecha esta operación los batallones *Colombia*, *Quinto de Cali* y *Henao*, de Antioquia, entraron a construirla, auxiliados por una parte del Cuerpo de Policía. Todo este día y parte del siguiente fueron de trabajo, de expectativa y de ansiedad. A las once de la noche del 20, informado vos de que una parte de la fuerza revolucionaria había acampado en Corozal, estación de la línea del Ferrocarril, poco distante de nuestro campamento, ordenasteis marchar sobre ella para sorprenderla por asalto al amanecer. El movimiento se ejecutó sin demora, y a las cuatro y media de la mañana del día 21 se dejó oír el primer disparo de una avanzada enemiga sobre uno de nuestros guías. Inmediatamente resolvisteis que la 3ª Compañía del batallón *Henao*, a

órdenes del valeroso Capitán Maximiliano Uribe, marchase a vanguardia con instrucciones para apresar, si era posible, dicha avanzada. Pocos instantes después los fuegos con ella estaban rotos, y puesta en fuga entramos rápidamente al pequeño caserío, situándonos sobre la línea férrea, de donde dominamos las posiciones enemigas, rompiendo en el acto los fuegos contra ellas. Por el frente, el ataque lo hacía el batallón *Henao*, y para defender nuestro flanco izquierdo coloqué en una pequeña eminencia que domina parte del campo enemigo, una guerrilla de tiradores del *Quinto de Cali* y del Colombia. Así sostuvimos los fuegos por largo rato.

Una circunstancia, harto desfavorable por cierto, era para nosotros motivo de honda contrariedad. Consistió en que al salir a Corozal y dar principio al combate, las fuerzas revolucionarias quedaron colocadas al lado de Panamá, sobre la línea del Ferrocarril, de manera que avanzando ellas rápidamente por dicha línea, podrían, sin dificultad ninguna, hacerse dueñas de nuestras fortificaciones del Puente de Calidonia, El Trujillo, etc., y ocupar la ciudad. El peligro en esta forma era, pues, supremo, inminente.

Otra contrariedad no menos amarga tuvimos que sentir en aquellas horas de combate. Como este movimiento sobre Corozal lo ejecutamos en combinación con el General Sarria, que debía moverse esa misma noche de Colón con unos 150 hombres, su llegada era para nosotros salvadora. Nuestras miradas se perdían ansiosamente de la vía que conduce a aquel lugar, pues además del refuerzo de hombres esperábamos recibir del General Sarria una buena cantidad de municiones que hacía horas habían escaseado en nuestras filas. En esta situación, una numerosa fuerza que avanza por la carrilera, precisamente por la vía de Colón, se deja ver. Nuestros soldados disparan sobre ella, pero nosotros lo impedimos, diciéndoles: “Es el General Sarria.”

Esta creencia nuestra, fundada en los términos del plan de ataque, fue, sin embargo, desvanciéndose a la vista de banderas cuyos colores no pudimos apreciar al principio confusamente. Las fuerzas, entretanto, continuaban avanzando, y no fue sino muy de cerca cuando conocimos su divisa y palpamos la realidad. Eran fuerzas revolucionarias. Era que el enemigo, moviéndose de La Chorrera, había logrado colocar esa noche parte de su artillería y dos batallones en Miraflores, los cuales, al oír los disparos de Corozal, volaban en auxilio de sus parciales. El General Sarria no había podido salir esa noche de Colón, porque la Empresa del Ferrocarril no le suministró oportunamente los trenes.

A vuestra mirada de militar experimentado, no podían ocultarse naturalmente, los peligros y dificultades de semejante situación y así ordenasteis inmediatamente contramarchar, a fin de que ocupásemos de nuevo nuestras posiciones. Al abandonar aquel campo, tuvimos que lamentar la pérdida del valeroso Sargento Mayor Manuel U. Barahona; de uno de mis ayudantes, el bizarro Capitán Ricardo Cadavid, y del Subteniente del batallón *Henao*, Abelardo Quintero y de varios individuos de tropa, así como también la prisión de los valerosos Jefes del batallón *Henao*, Coronel Heliodoro Peláez, y Comandante Amador Gómez, del Sargento Mayor Manuel Montoya, del Capitán Eduardo Echeverri, de los Tenientes Juan C. Moreno, Juan N. Muñoz, y José C. Zamora; de los Subtenientes Luis E. Molina y Alberto Roncayo y de algunos individuos de tropa. Tuvimos igualmente unos heridos entre los cuales figuran el Capitán Carlos Barahona del *Quinto de Cali*, y del *Henao* el Teniente Alberto Holguín y el Subteniente Venancio Alvarez, quienes pelearon con valor digno de nuestra causa. Luchábamos allí 300 hombres del Ejército del Gobierno contra 800 del Ejército Revolucionario.

El movimiento ordenado por vos se ejecutó sin demora, y como a las dos de la tarde todos nos hallábamos en nuestras posiciones. El día terminó sin ningún otro acto notable; la noche fue de vigilancia.

Amaneció el 22. El sol de este día nos encontró a todos listos en nuestra línea de batalla, pero nos permitió apreciar acá dentro de la ciudad una situación bien poco tranquilizadora para nosotros. Por un acontecimiento inesperado, que deploro profundamente, en aquella mañana sólo quedábamos, en esta plaza como Jefes, con grado de Generales, vos y yo. En el centro había alarma, pánico. Era que los Jefes de las fuerzas revolucionarias, situados ya en las inmediaciones de Panamá, se habían puesto esa noche a la inteligencia con varios Cónsules extranjeros a fin de que mediante su intervención les fuera entregada esta plaza por vos, evitando así la escena sangrienta de un encuentro de armas en el poblado y la consiguiente destrucción de grandes valores. Estas noticias llegaron confusamente a nuestro campamento, pero como a las ocho de la mañana del mismo día me fueron confirmadas por vos mismo; y es del dominio público, aun cuando vos no me lo habéis insinuado nunca, que esa intervención consular fue tan peligrosa para nuestra causa y de tan perniciosos efectos morales, que de no haber encontrado con un hombre de vuestro temple habría puesto en muy serias dificultades la causa de la Legitimidad en el Istmo. Así lo apreciaron varias personas y así lo afirma un documento oficial que impreso ha visto la luz pública en esta ciudad.



A las doce del mismo día fui invitado por vos a una conferencia en el Palacio de Gobierno; e impuesto de las proposiciones del enemigo, e instado por vos para que expusiera mi concepto, os dije: “Señor General: Considero que la entrega de la plaza sería la protocolización de nuestra honra. Nuestra fuerza; aunque muy inferior en número al enemigo, es valerosa y probada. La línea de batalla que hemos escogido es magnífica. Hagamos un esfuerzo, luchemos y perezcamos llegado el caso, pero salvemos ante todo el honor del Ejército Nacional.” Los Coroneles Alejandro Ortiz, Félix M. Correa y Lucas Espinosa y el Sargento Mayor Pedro P. Restrepo, que estaban presentes, expusieron sin vacilar su conformidad de ideas conmigo y vos terminasteis: “Estoy de acuerdo con todos ustedes. Vamos, pues, a luchar, mis amigos”. Pocos instantes después me hicisteis saber por conducto de vuestro Secretario, el señor Adolfo Alemán, que me investíais de las facultades necesarias para mandar todas las fuerzas que había en la ciudad y para preparar y dirigir las operaciones militares en la línea. Pasado esto me retiré de nuevo al campamento.

Como a la una de la tarde del mismo día, la parte de nuestra artillería emplazada en la pequeña eminencia de El Tívoli rompió fuegos sobre la enemiga para impedir que ésta nos fuese colocada al frente en el pequeño cerro de Curundú. El resultado fue satisfactorio. El enemigo quiso entonces situarla en otra pequeña altura cerca a Perry's Hill; pero allí; tenía que recibir y recibió inmediatamente los fuegos de el Tívoli, más los de dos cañones que teníamos en el puente de Calidonia. Los fuegos continuaron por espacio de algunas horas, contestados por el enemigo y acrecentados de vez en cuando por descargas de fusilería, hasta que un cañonazo hábilmente dirigido de El Tívoli, por el sangento Enrique Jaramillo, desmontó una pieza de las del enemigo, consiguiendo de esa forma callar sus fuegos.

La tarde fue de relativa calma. A la oración hicisteis reforzar la guarnición que teníamos en La Boca, enviando a ese lugar la columna *Campo Serrano* a órdenes de los Coroneles José María y Manuel Núñez Roca. Como a las doce de la noche, preocupado yo con nuestra situación en aquel campamento, resolví visitarlo personalmente, dirigiéndome a él en compañía del Teniente Emilio Fajardo. Una hora después estuve allá. La fuerza que defendía aquella posición vigilaba toda, hábilmente colocada sobre la plaza y el muelle; permanecí allí hora y media, y al regresar a la ciudad dispuse que de dos cañones que teníamos en Chiriquí, uno fuese trasladado inmediatamente a La Boca. Así se hizo al amanecer del 23.

La aurora de este día me permitió ver con mi antejo, desde El Cerro, una numerosa fuerza enemiga que se movía en dirección a ese campamento, y al punto hice saber esta novedad por conducto de uno de mis Ayudantes de Campo.

Algunas horas más tarde di en la línea del puente de Calidonia, las órdenes e instrucciones que estimé necesarias; me dirigí al Palacio de Gobierno a comunicarnos verbalmente los movimientos del enemigo sobre La Boca, y después de una ligera conferencia con vos, marché por orden vuestra a dirigir personalmente el combate, que poco después debía principiar en aquel lugar. A mi llegada a él, ya los fuegos estaban rotos, y el Coronel Manuel Núñez Roca, con su fuerza, y el Capitán Aureliano Valero B. con unos tiradores del *Istmo*, cumplían su deber a satisfacción. Durante el combate, el cañón emplazado allí en aquella mañana, funcionó con toda regularidad, contestando a la artillería enemiga, a la par con el fuego de nuestros tiradores que era intenso y nutrido. A las cinco de la tarde, el enemigo fue rechazado y se retiró a Farfán, decepcionado seguramente, a apreciar la esterilidad de sus esfuerzos en su empeño de desembarcar fuerzas en aquel puerto. Tuvimos algunos heridos, ninguno de gravedad.

A las 6 p. m. regresé al campamento del puente; durante la noche no se verificó ningún hecho notable.

A la madrugada del 24 divisé desde la playa de El Trujillo la Flotilla enemiga al ancla en Punta Paitilla y penetré desde luego el alcance de las operaciones ejecutadas por las fuerzas revolucionarias durante la noche. Era que los dos batallones que no habían podido desembarcar por el puerto de La Boca en el combate del día anterior, habían resuelto trasladarse por agua a las posiciones de Perry's Hill para reforzar allí al General Herrera y hacernos un ataque más intenso y poderoso por el frente de nuestras fortificaciones. Sin embargo, en el campamento enemigo no se advertía movimiento ninguno y la creencia de que hubiese sido abandonado por nuestros adversarios en aquella noche, empezaba a ser la expresión de no pocos. En esta virtud y a fin de que desapareciese todo motivo de perplejidad, resolví a las siete de la mañana hacer personalmente una exploración al campo revolucionario, la cual practiqué en compañía del Teniente Coronel Víctor Manuel Hernández y de 30 tiradores del batallón *Colombia* y del Cuerpo de Policía, a órdenes del sereno y entusiasta Capitán Pedro A. Barreto.

El resultado de esta exploración superó, si se quiere, a nuestros deseos y a nuestro pensamiento. En Peñaprieta encontrámos al enemigo que avanzaba sigilosamente sobre nosotros al abrigo del manglar, y al momento regresamos a nuestro campamento para esperarlo. Un cuarto de hora después (como a las ocho y media a.m.) dos batallones adversarios se presentaron en la playa en línea de tiradores, y al punto ordené romper los fuegos sobre ellos. Vos que estabais allí en aquella mañana, pudisteis apreciar la manera como se inició esa escena sangrienta; el arrojo de nuestros contendores mereció realmente nuestra admiración, pero así como avanzaban sobre nosotros, iban quedando tendidos en la playa y a la sombra del mangle, muertos unos, heridos los demás; y es afirmación de algunos oficiales enemigos, que de 300 hombres que nos atacaron por aquella vía sólo seis volvieron vivos al campamento de Perry's Hill.

Iniciada la lucha en la playa de El Trujillo, como a las ocho y media a.m., diez minutos después los fuegos se habían generalizado en nuestra línea de batalla, desde aquel punto hasta Guachapalí, de aquí al puente de Calidonia y de aquí, por Pueblo Nuevo, hasta el sitio en donde se une la línea del Ferrocarril que va a La Boca y la que conduce a Colón. Nuestra artillería de El Tívoli y la del puente, lo mismo que nuestra fusilería, hacían un fuego nutrido y mortífero. Al recorrer la línea de batalla, me fue muy satisfactorio encontrar cumpliendo su deber a todos los Jefes, oficiales y soldados de los cuerpos que allí combatían, con excepción del Comandante del batallón 1° de Infantería del Istmo Coronel Jesús Parada Leal, quien a los primeros disparos abandonó la fuerza que comandaba, sin que hasta la fecha haya obtenido dato seguro de su paradero. Afortunadamente, allí estaba el Segundo Jefe, vaeroso Sargento Mayor Antonio Holguín, quien luchaba como bueno al frente de sus soldados, y a quien éstos lloran todavía, pues pasada una hora de combate, cayó herido por una bala que le produjo la muerte algunas horas más tarde. Para reemplazarlo en la Jefatura del batallón, nombré al Capitán Luis Martínez Aragón, cuya conducta en los días de lucha, lo mismo que la de sus oficiales, mereció mi aplauso.

Dispuse igualmente que para reforzar aquella posición, en caso de que fuese reciamente atacada por el enemigo, el Coronel Félix M. Correa y los Capitanes Maximiliano Uribe y Floro Roldán, la ocupasen con parte del batallón *Henao*.

Como a las doce del día, un hecho inesperado fue para nosotros motivo de inquietud. Los enemigos de nuestra causa residentes acá en la ciudad, a quienes la benevolencia del Gobierno había dejado en libertad, halagados

con la falsa noticia de que ya los revolucionarios habían logrado romper nuestras líneas para entrar, se pronunciaron, saliendo unos a las calles y plazas públicas, disparando otros desde sus habitaciones por ventanas y balcones y dando principio a un horroroso saqueo, en el cual, como vos lo sabéis, yo fui la primera víctima. Felizmente, al recibir el parte de estos hechos; fui también informado de que ya vos obrabais sobre los amotinados, a quienes habíais puesto en vergonzosa fuga, eficazmente secundado por los Coroneles Ortiz y Espinosa. Sin embargo, dispuse que el denodado Marcial Ocoró (Sargento Mayor, ascendido hoy a Teniente Coronel) acompañado del no menos sereno Teniente Antonio Jaramillo y de 30 tiradores, armados de rifle y machete, fuese a ocupar el muelle inglés de donde algunos de los revoltosos hacían fuego sobre el *Colombia*, con orden de que al hacer esto marchara en vuestro auxilio al centro de la ciudad. A la vista de esta guerrilla, los del muelle huyeron precipitadamente y los pocos que aun quedaban en las calles volvieron a sus escondites. Allí murió, traidoramente asesinado, el Guarda-parque del *Colombia*, intrépido P. Pacheco.

Como a las cuatro de la tarde, una terrible tempestad que se presentó en el campo en donde se libraba la batalla; nos hizo creer que sería al menos motivo de una ligera tregua entre las fuerzas combatientes; pero no sucedió así: los fuegos se avivaron más y más, y en el fragor de la tempestad y de la lucha, hubo ciertamente algunos momentos en que el estampido de los cañones se confundía con los truenos de las descargas eléctricas. El espectáculo era solemne.

Los fuegos continuaron sin interrupción. De las diez a las once p. m., pudimos observar, aunque confusamente, que el enemigo, aprovechando las tinieblas de aquella noche intensamente oscura, avanzaba en silencio sobre nuestras fortificaciones; y al toque de carga que ordené inmediatamente y que repitió la corneta con entusiasmo en toda la línea, nuestros tiradores contestaron con el fuego más activo que se haya presenciado.

Al amanecer del 26 la luz del día nos permitió ver, cerca de nuestra línea de defensa y principalmente en el camellón de Calidonia, regado el campo de cadáveres del enemigo. Los más arrojados habían pagado esa noche con la vida su intrepidez.

La lucha continuó durante el día 25, y como a las cuatro de la tarde recibí un pliego vuestro, según el cual, conveníais en una ligera suspensión de hostilidades a efecto de que las ambulancias inglesa y chilena penetraran

al campo enemigo a recoger siquiera los heridos, cuyos ayes y quejas oíamos a poca distancia.

Así se hizo, en efecto, pudiendo entonces apreciar el destrozo que nuestras armas habían causado en las filas revolucionarias: 600 hombres, entre muertos y heridos, yacían tendidos en aquel campo.

Hacia las cinco y media de la tarde, los gritos de ¡Viva el General Sarria!, pronunciados en Pueblo Nuevo, nos avisaron el arribo de este leal servidor de nuestra causa, quien venciendo al cabo las dificultades con que había tropezado en su marcha, venía con 200 hombres a compartir con nosotros las fatigas de aquella gloriosa jornada.

Acompañábanlo Don Antonio Burgos, Prefecto de Colón; el Coronel Pedro Sotomayor, el entusiasta Capitán Ricardo C. Stevens, Don Orondaste Martínez y algunos amigos más.

A las siete y media de la noche rompiéronse de nuevo las hostilidades, y un fuego sostenido vivamente de parte y parte se dejó oír hasta la madrugada del 26.

A las siete y media de la mañana de este día, el pito de la locomotora nos anunció desde lejos la llegada de mil hombres que, a órdenes de los Generales José María Campo Serrano, Francisco Jaramillo U., Fortunato Garcés y Wenceslao Rodríguez, venían de Barranquilla en nuestro auxilio. El desaliento producido en las filas enemigas con la presencia de este poderoso refuerzo y con el destrozo que le habíamos causado en los días anteriores fue motivo para que los Jefes revolucionarios se rindieran, mediante la capitulación que el público conoce, entregándonos la Flotilla, su cuantioso armamento y su artillería.

Combatimos en nuestra línea de batalla 415 hombres del Ejército del Gobierno contra 2.000 de la revolución. Esta tuvo 600 bajas entre muertos y heridos, y nosotros, contando las de Corozal, 32 muertos y 66 heridos. En las bajas que tenemos que lamentar figuran principalmente, la del bizarro Sargento Mayor Rolando Linares, muerto el 24, y la del no menos entusiasta Subteniente Aparicio Ramírez, atravesado por una bala en la madrugada del 25 al hacer un disparo de cañón.

Si hubiese de haceros una relación de los jefes, oficiales y soldados que se distinguieron en aquellos días de lucha y de fatiga, os afirmo con justa satisfacción y con orgullo, que necesitaría presentaros la lista de cuantos combatieron.

Más que su valor, yo admiré su abnegación y su constancia durante esos ocho días que permanecieron a pie firme en nuestra línea de batalla, sin esperanza de ser relevados, sin un momento de descanso, y en que sólo a ligeros intervalos disponían de un instante para tomar un poco de agua o una taza de café.

Sin embargo, no terminaré esta relación sin dejar en ella un párrafo que exprese nuestro agradecimiento para las personas que, como el señor Antonio Zubieta, se interesaron vivamente por la suerte de nuestra tropa, y sin tributar un justo elogio al señor Secretario de Hacienda, don Adolfo Alemán, quien estuvo atento siempre a las necesidades de la guerra, haciendo indicaciones oportunas y cooperando así al triunfo de nuestras armas.

La batalla que acabamos de librar tendrá, señor General, la más justa resonancia en la República y fuera de ella cuando sean conocidos sus pormenores y pueda apreciarse la naturaleza de los peligros que eran nuestra amenaza. Triunfante la Revolución en el Istmo, en pocos días habría extendido su influencia a los vecinos Departamentos del Cauca, Bolívar y el Magdalena, llevando a ellos elementos de todo género y produciendo la más desastrosa complicación para la causa del Gobierno. Vencida como ha quedado, hemos puesto ejemplar escarmiento al filibusterismo nicaragüense y ecuatoriano, y podemos afirmar sin exageración que lo que pasa en el interior de la República carece de importancia y que la guerra ha terminado.

Con sentimiento de la más distinguida consideración, soy de usted, señor General, vuestro atento y S.S.,

El General,

VICTOR M. SALAZAR.

### LISTA

de las bajas que sufrió el Ejército del Gobierno en los combates ocurridos en esta ciudad y en Corozal, del 21 al 26 de Julio de 1900.

#### *Batallón "Colombia".*

Muertos: Guarda-parque, Pedro P. Pacheco P.; Teniente, Aparicio Ramírez; Corneta, Félix Cordoso; Soldados; Cipriano García, Leonardo Rodríguez, Salvador Hernández, José G. Lucumí y Pedro Osorio.

Heridos: Subteniente, Juvenal Roso, Cornetas, Hipólito Guevara y Celso Ballesteros; Sargentos Segundos, Eladio R. Martínez y Clemente Rodríguez; Cabos Primeros, Alfonso Vázquez y Aparicio Tarquino; soldados: Jesús M. Arango, Pastor Vanegas,

Germán Salcedo, Roberto Mondragón, Santos Molina, José M. Duque, Marcos A. Duque, Eugenio Martínez, Nicomedes Sandoval, Lorenzo Malagén, Nicolás Correa, Hipólito Murillo, Venancio Biáfara, Isaías Capote, Juan de J. Leiva, Isidro Páez y Pedro Ortiz.

*Batallón "Henao", de Antioquia.*

Muertos: Capitán Ricardo Cadavid; Subteniente, Abelardo Quintero; Sargento 1º, Luis F. Ríos; Cabo 1º, Camilo Ceballos; Cabo 2º, Antonio J. Cuervo; Soldados: Pedro A. Patiño, Maximiliano Congate, Ricardo Reyes, Florentino Lopera, Rosendo Serna, Basilio Caro y José J. Hernández.

Heridos: Teniente, Alberto Holguín; Subteniente, Venancio Alvarez; Sargentos Primeros, Tomás Guardia y Pedro Jaramillo; Soldados: Julio Bustamante, Lorenzo Echeverría, Manuel Saavedra, Jesús M. Alvarez, Isidro Santa Cruz, Clímaco Betancourt y Manuel Ramírez.

*Batallón "Quinto de Cali"*

Muertos: Sargento Mayor, Manuel M. Barahona; Sargento 2º, Evangelista Ruiz; Soldados: Pedro A. Solís y Federico Sarria.

Heridos: Sargento Mayor, Marcial Ocoró; Capitán, Carlos Barahona; Teniente, Jacinto Trujillo; Sargentos Primeros, Adriano Marmolejo y Simeón Salcedo; Cabos Primeros, Zenón Luzcando, Pedro Camacho y Salvador Bonilla; Cabo Segundo,

Balbino Cortez; Soldados: Gregorio Arias, Baltazar Pretelt, Pedro López, Agustín Peña, Antonio Gil, Vicente Valencia, Venancio Orozco, Heliodoro Carbazar, Francisco Mosquera y Gustavo Paredes.

*Batallón "1o. de Infantería del Istmo"*

Muertos: Sargento Mayor, Antonio Holguín; Soldados: Manuel Carbacho, José de los Reyes Atencio, Adolfo Montenegro y Martín Palma.

Heridos: Soldados: Justo Padilla, Juvenal Villalobos y Encarnación Flores.

*Columna "Campo Serrano"*

Heridos: Capitán, Mario Ramírez; Soldados: Raimundo Rodríguez y Abraham González.

*Cuerpo de Policía.*

Muertos: Agentes, Valentín Linares y Joaquín Hernández.

Heridos: Agentes, Segundo Aguillón, Gerardo Delgado y Pablo Zapata.

*Comandancia de la Quinta División*

Muertos: Sargento Mayor, Rolando Lineres.

**RESUMEN:**

	Mtos.	Hdos.
Batallón "Colombia".	8	24
Batallón "Henao".	12	11
Batallón "Quinto de Cali".	4	22
Batallón "Primero de Infantería del Istmo".	5	22
Columna "Campo Serrano".		3
Cuerpo de Policía.	2	3
Comandancia de la Quinta División.	1	
Total	32	66

Panamá, 27 de Julio de 1900.

El General,

VICTOR M. SALAZAR

## LISTA

de los Jefes y Oficiales del Ejército del Gobierno que asistieron a los combates librados en Corozal, La Boca y Panamá, contra las fuerzas revolucionarias, del 21 al 26 de Julio de 1900.

### *Estado Mayor.*

Generales, Carlos Albán, Víctor M. Salazar y Carlos M. Sarria. <sup>(15)</sup>

### *Estado Mayor de la División Antioqueña y Batallón "Henao"*

Coroneles, Félix M. Correa<sup>(16)</sup> y Heliodoro Peláez; Teniente Coronel, Amador Gómez J.; Sargento Mayor, Pedro P. Restrepo y Manuel Montoya; Capitanes, Ricardo Cadavid, Floro Roldán, Juan A. Díaz y Eduardo Echeverri; Tenientes, Obdulio Córdova, Julián Vásquez J., Juan C. Moreno, Alberto Holguín y Eleázar Orozco; Subtenientes, Luis E. Molina C., Abelardo Quintero, Antonio María Ceballos, Tobías Orozco, Juan C. Toro, Antonio Morales, Alberto Roncallo, José J. Uribe, Emiliano Orrego, Venancio Alvarez y Macario González.

### *Batallón "Colombia"*

Coronel, Alejandro Ortiz; Sargento Mayor, Vicente Navia y Enrique Acosta; Capitanes, Rafael Aranza, Belisario Valencia, Ignacio Molined, (Habilitado) Pedro A.

Barreto y Eduardo Holguín; Tenientes, Juan N. Muñoz, Clodomiro Alfonso y Delfín del Busto; Subtenientes, Juvenal Rozo, Felipe Sánchez, Aurelio Corro M., Manuel Guardado, Epifanio Torres, José D. Neira, Manuel Latorre; Guarda-parque, Pedro P. Pacheco.

### *Batallón "Quinto de Cali"*

Coronel, Lucas Espinosa; Sargentos Mayores, Manuel M. Barahona, Jorge E. Martínez y Marcial Ocoró; Capitanes, Pedro M. Galindo, Pedro A. Moreno, Carlos Barahona, Saturnino Reina, Víctor Cárdenas, Aureliano Sánchez y Antonio Jaramillo; Tenientes, Nicolás Payán, Juan Bautista Ramírez, Jacinto Trujillo y Manuel J. Urrutia; Subtenientes, Andrés J. Lenis, Maximiliano Gómez, Efraín Mafla, Eduardo A. Martínez, Carlos Sanclemente y Belisario Valencia.

### *Batallón "Primero de Infantería del Istmo"*

Sargento Mayor, Antonio Holguín; Capitán Ayudante, Luis Martínez A., Damián Espinosa y Aureliano Valero B.; Teniente

(15)—Combatió en la noche del 25 hasta la mañana del 26.

(16)—El Coronel Correa, del Estado Mayor, combatió como Jefe del Batallón *Henao* después de Corozal, en donde cayó prisionero el Coronel Peláez.



Ayudante de Campo, E. Herrera G., Rafael Pardo G. y Arcadio Díaz; Subtenientes, Isidoro Bocanegra, Emigdio Martínez y Luciano Herrera.

*Cuerpo de Policía*

Coronel, Leopoldo Corredor; Comandante, Emilio Linares V.; Capitán, Octaviano B. Pérez; Tenientes, Augusto S. Colmenares, Gavino Gutiérrez, Manuel Soto B. y José Zamora; Vigilantes: Ernesto Gómez, Manuel Vergara, Mateo Hernández, Federico Torres, Francisco Gutiérrez, José A. Mateus, Nicolás Leiva, Delio Noriega, Heliodoro López, Feliciano Saldaña, Aníbal Franco, Gustavo Medina, Enrique Cárdenas.

*Columna "Campo Serrano"*

Coronel, Manuel Núñez R.; Capitanes Ayudantes: Mario A.

Ramírez, Epaminondas Quintero, Gonzalo Jiménez, Aníbal García, Santiago Toledo, Lisandro Espinosa; Tenientes: Ramón Pacheco, José M. Navarro; Subteniente, Eleázar Escobar, Subteniente Abanderado, Aureliano Bernal.

*Comandancia de la Quinta División.*

Coronel, Pedro Sotomayor; Teniente Coronel, Victoriano Hernández; Sargento Mayor, Carlos Fajardo H.; Capitán, Ricardo Borbúa; Subtenientes: Julio E. Ramos, Héctor N. Borrero, Emilio Fajardo H., Juan Lombardi; Habilitado, Eleázar Guerrero; Médico, Genaro Payán; Artilleros: Charles Rose, Luis F. E. de los Monteros.

El General,

VICTOR M. SALAZAR.

---

República de Colombia.—Departamento de Panamá.—Gobernación.—Sección de Gobierno.—Número 59.

Señor General don Víctor M. Salazar.—Presente.

Muy grato me es comunicaros que por vuestro brillante comportamiento en los combates de 21 a 26 del presente mes, en los cuales las fuerzas del Gobierno dejaron bien sentado el honor nacional, distinguiéndoos por vuestro valor, constancia y decisión, he tenido el placer de ascenderos por decreto de esta fecha, distinguido por el número 100, a General de División del Ejército de la República, seguro de que éste se congratulará por contaros entre sus bravos y dignos defensores.

Soy vuestro atento servidor y compatriota,

CARLOS ALBÁN.

Así como es grande el regocijo que sigue a la victoria, así es de profunda la aflicción que sobreviene a la derrota, y la nuestra, después de lo sucedido en Calidonia no pudo ser mayor. En un solo día nuestro ejército que victorioso había recorrido el Istmo y que del mismo modo debía entrar a la ciudad, donde numerosísimos copartidarios, amigos y parientes nos esperaban con ansias, que de completamente aniquilado, muertos muchos de nuestros más valientes compañeros y heridos muchísimos más de los restantes; no pocos emprendieron viaje al Cauca y otros quedamos en Panamá presenciando la magnitud del desastre.

Quienes lean estas páginas, en las cuales hemos querido recoger la historia de aquellos días, ya casi olvidada, sabrán cómo sucumbió una gran empresa al influjo de pasiones egoístas que destruyeron la unidad de acción y la finalidad del propósito, porque cuando fue más necesaria la cohesión entre sus dirigentes, un mal entendido regionalismo llevó ante las defensas, de la ciudad, objetivo de la campaña, un ejército desconcertado bajo la dirección de un Jefe que quiso a toda costa realizar un plan de ataque que había sido previamente rechazado por el Consejo de Guerra de La Chorrera.

Tal parece como que en nuestro Istmo, por un hado fatat, estamos destinados a destruírnos nosotros mismos, como los sodados de Cadmo, dividiéndonos cuando más necesaria se hace la unión para luego, después del fracaso, entrar en recriminaciones estériles que ahondan aún más la división.



## **CAPÍTULO TERCERO.**

---

### **3. LAS GUERRILLAS DE VICTORIANO LORENZO.**



## *Reminiscencias de la Guerra de los Mil Días*

COMANDANTE JACOBO ALZAMORA.

### (FRAGMENTO DEL ORIGINAL)

Este trabajo aparece completo en el Boletín de la Academia Panameña de La Historia, Tercer Epoca, Septiembre-Octubre de 1982, N°. 27 y 28.

#### **El Sitio de Penonomé:**

El General Lorenzo dispuso que se sitiara a Penonomé y fue circunvalada la población, y todos los días asediabamos al gobierno; pero un día dispuso el gobierno salirse con todas las familias, pues con ese fin pusieron buques y mandaron a preparar trincheras en el puerto. Para eso tenían de práctico a Víctor Ramos.

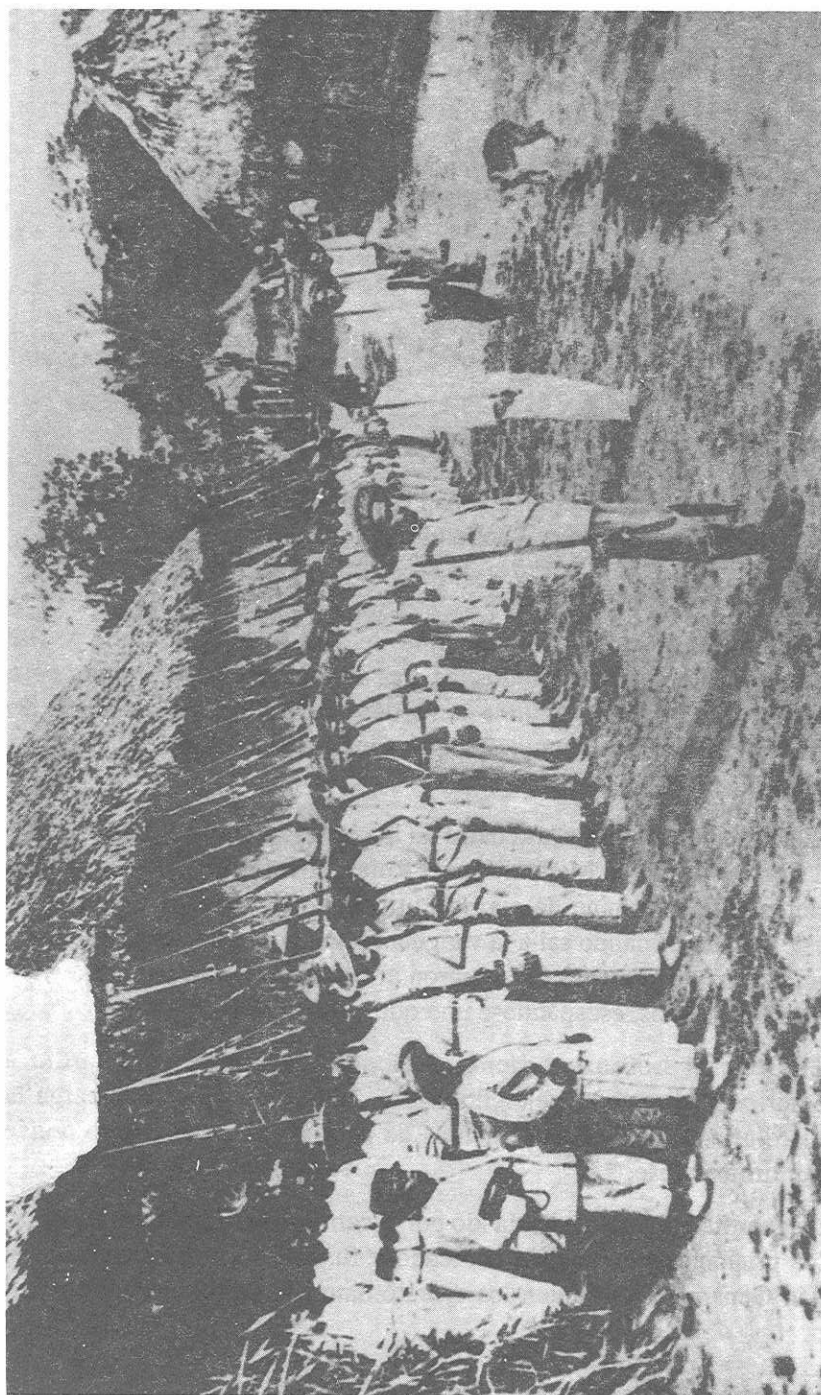
El día 10 de Octubre a las cuatro de la mañana, estaba el Jefe Día que era el Coronel Ayala, el Mayor Manuel Rojas, el Teniente Rito Camargo y el Alferez Julián Cumine de correría utilizando los retenes y venían de lugar de la Loma, cuando salía la vanguardia del gobierno por la quebrada del pueblo y a quemarropa encontraron al Jefe Día con su comitiva y los tomaron prisioneros, escapándose uno que vino a dar la noticia.

El General Lorenzo ordenó al General Mina de vanguardia a perseguirlos y el resto del ejército siguió avanzando a paso de carga la retaguardia; a las tres horas llegamos de aquí al llano del puerto donde estaban tiroteándose.

La guardia prusiana se había ido por el camino que conduce a las Lajas y a los prisioneros los habían ahorcado y fusilados en el Guanabano el Capitán Genaro Payán, quien los ejecutó antes de llegar al Puerto de El Gago.

---

Nota: Hemos respetado la redacción y ortografía para presentar el texto original...



*Combatientes populares durante la Guerra de los Mil Días en el Istmo de Panamá.*

Llegamos de refuerzo rompiendo los fuegos por hileras de frente en batalla en dos alas y hechando rodilla en tierra en campo raso y todo el día duró el combate, quedando el llano cubierto de cadáveres de ambas partes, pero hubo momentos en que nuestros bravos se montaban sobre las trincheras enemigas llenos de coraje y el Teniente Facundo Adrián enclavó su bandera roja sobre la trinchera y allí cayó herido.

El General Mina, como el león de Apure los iba blanqueando y le dió una carga a la bayoneta por los potreros de Don Carlos George.

Los conservadores se habían embarcado la mayor parte en los buques y cesaron los fuegos por haberse agotado el parque, y quien vino a buscarlo no llegó a tiempo, y a los gobiernistas también se les agotó a la misma hora.

El General Lorenzo había jurado vengarse por la muerte de sus oficiales, que habían sido ahorcados y fusilados, pero no fue posible debido a que se nos agotaron los pertrechos y también se tenía en cuenta que parecían familias inocentes, pero ahí murieron también oficiales como castigando al culpable de ese asesinato sin nombre, cometido por Genaro Payán, un Oficial brutal y estúpido.

Las familias y la mayor parte de la tropa tuvieron tiempo desembarcarse en toda la noche y seguir rumbo a Panamá. Fue así como regresamos a Penonomé, después del combate del día 10 de Octubre y después de enterrar a los muertos de uno u otro bando dando el parte detallado al Estado Mayor.

Seguimos para Antón, porque el General Lorenzo fue averiguar el paradero del Capitán Larraonda y supo allí que lo había fusilado Don Julio Bernal en el río de La Estancia, y no quiso proceder contra Julio Bernal, esperando que lo juzgara otro, pero él no dejó de sentir la muerte de Larraonda, porque le tenía mucho aprecio.

Regresamos a Penonomé y seguimos para Aguadulce y sitiemos aquella plaza y el General Lorenzo ocupó la casa de Brígido Castroverde, en el relevo de guardias, fui nombrado Jefe Día y se me dió la consigna de buscar a Noé Lorenzo, Adolfo Quirós y Próspero Lombardo, con órdenes de allanar las casas, lo que hice y en la plaza de Pocrí, vivía Prospero Lombardo con su esposa Doña Eglantina Vega.

Al llegar a la casa de Próspero me bajé del caballo y dejé a mis oficiales de comitiva en la calle y pedí, permiso a Doña Eglantina para entrar y ella al verme, exclamó diciendo –Ay, Jacobo, en Ud. tengo mi esperanza, pues



Próspero está allí en el cuarto— y Yo le dije, no se asuste, sino es nada, pues si lo es no tema, que nada le pasará.

Entré al cuarto y vi a Próspero cerca de una cama y se puso pálido al verme, pero me acerque a él y le dije que no tuviera temor, que nada le resultaría.

Y salí donde estaba mi comitiva esperándome y dije. Aquí no hay nada, y monté mi caballo y seguimos nuestra correría.

Los Oficiales de mi comitiva eran Rito Becerra, Beatriz Andrión, Enrique Cornejo, Andrés Guevara, y otros.

Noé y Adolfo se salieron en la noche y seguía mis correrías a los retenes en la noche, y al llegar a visitar un retén se me gritaba —Alto quien vive? — Patria. Qué gente? Jefe Díaz. Pie a tierra Jefe Día a rendir el santo y seña, y si no viene bien nombrado se le dará la contraseña.

Resguardo. Calen armas, de frente, marchen. Al comunicar el santo y seña al oído, se retiran los guardias.

Al día siguiente a las cuatro de la tarde era el relevo de la Guardia y me relevó el Coronel Genaro Mendoza, a quien le entregué la guardia con la misma consigna y le dije, que yo estaba comprometido a no divulgar a Próspero, por ser mi paisano y esposo de una familia mía.

El Coronel Mendoza era un hombre educado y que tenía don de gentes, me contestó —No hay más que hablar.

Le tocó registrar o allanar la casa con la misma consigna y yo cumplí con un deber de amistad, dando una nota diciendo. A los cuatro días antes de retirarnos me invitó mi prima a un chocolate con leche para mis compañeros y yo, con queso del bueno, lo cual aceptamos gustosos.

Los retenes ocupaban Pozo Azul y Quebrada Caballero y nuestra guerrilla tenía circunvalada la población de Aguadulce, y en un día se salió de aguadulce un jovencito gritando vivas al Partido Liberal, y éste responde al nombre de José María Alemán Barichovich, y ese hecho fue de muy buenos resultados y de muy buena trascendencia y muy comentado por el General Lorenzo.

Nos retiramos para Penonomé y al llegar el General le mandó decir una misa a la purísima Concepción de María y le pagó al presbítero Baldomero Carles, para que se la dijera y después seguimos para La Negrita.

Trinidad Lombardo pidió un rifle al gobierno con 100 tiros para tener en su finca, en el lugar de El Rosario, para tener de resguardo y estaba allí con su esposa Febronia Grimaldo.

Un día llegó alguien y le dijo a Victoriano que Trinidad Lombardo tenía un rifle y decía.

“Que si ese facineroso de Victoriano se presentaba a su casa, le echaba bala”.

A Trini lo aconsejó mucha gente en el pueblo, que no estuviera en el campo, pues, en el pueblo había más respeto y no tenía ningún peligro. No obstante esto, Trini quedó allí.

Un día mandó Victoriano capturar al rifle y las cápsulas. Los de la comitiva eran Facundo Jiménez, Costero de Pílon, y Tobias Robles, centranos.

Y Victoriano les dio la orden de traerlo sin ultrajarlo y que le quitaran el rifle. Estos le comunicaron la orden y Trini se enfureció y tomó el rifle y su revólver de tiros diciendo.

—Quién es ese indio insolente que me manda buscar arrestado?

Y Jiménez le dijo. Señor el Coronel Lorenzo es quien nos ha dado esa orden y se lo decimos a la buena, y Trini montó su fusil diciendo.

—De aquí no me sacan ustedes, sino muerto cuando mate a uno de ustedes.

Facundo Jiménez le dijo. Vea señor, hemos agotado toda nuestra paciencia y contengase antes de que nosotros tengamos que proceder.

Trinidad dispuso su rifle contra Jiménez y volvió a repetirle que se contuviera y que no conspirara contra la guardia.

Y él le dijo... Yo no me dejo llevar de ningún bandido y volvió a disparar y Jiménez hincó la rodilla y disparó contra Lombardo, derribándolo al suelo, pues su esposa asustada lo asuzaba a que matara esos bandidos, Trini murió instantáneamente.

Aquel incidente doloroso, nos llenó de consternación y de tristeza a sus amigos personales. A la señora y a los niños los llevaron al campamento y Victoriano reprendió aquel proceder y mandó llevar a la señora y a los niños hasta el Chorrillo.

Ese era el punto más cerca del pueblo, donde la señora podía irse para el pueblo fácilmente, no sin reprobar la llegada de la señora al campamento,

que varios y el mismo Victoriano, comentaron ese acontecimiento diciendo, que eso obedecía a su temeraria imprudencia.

Un día salieron los vaqueros al Llano Marín y encontraron mucho parque regado por todo el camino... que iban dejando algunos liberales que tenían en las tropas a la fuerza, y en las tropas que venían de Antón, del gobierno se quedaron dos mujeres de regular presencia, una blanca y la otra morena, muy simpáticas todas dos; la blanca se llamaba Carmen y la morena Josefa, y los vaqueros las llevaron en calidad de presas donde Victoriano.

Estando en La Negrita recibió Victoriano carta del doctor Belisario Porras, avisándole que venía y el General lo esperó en Penonomé y llegó por la vía de la Boca de Coclé, trayendo al joven Jorge Uribe Uribe, sobrino del General Uribe Uribe; pero este no se hallaba al clima nuestro y el doctor lo mandó con un expreso a Costa Rica.

Estando en Penonomé recibió un mensaje de San Carlos del General Domingo Díaz, pidiéndole de su ejército le mandara un batallón para proteger el desembarque de la invasión que traía de Nicaragua en la Momotombo.

El doctor mandó a Victoriano con el Avelino Rosas y el Vargas Santos y le envió con Victoriano el nombramiento que le hizo el General Gabriel Vargas Santos de Jefe Civil y Militar, para que le reconocieran como tal. Los Generales Patiño, Cortizo y Triana se opusieron al reconocimiento diciendo que ellos también proclamaban al General Domingo Díaz.

El General Domingo Díaz si hubiera aceptado y acatado ese nombramiento, pero al ver la presión de sus tres generales, no reconoció ningún nombramiento. Le quitaron los dos batallones y trataron de llevarse a Victoriano, pero este no quiso ir y dijo que él no reconocía ningún Jefe, sino al doctor Porras y se vino a informarle al doctor lo que hubo.

El Doctor Carlos A. Mendoza y el General Paulo Emilio Obregón se vinieron para donde el Doctor Porras. El General Obregón se enamoró de Carmen y el doctor Mendoza de Josefa y cada vez que había un tiroteo en los retenes, Carmen cojía el rifle y le decía al General Obregón.

—Mira Obregón así es que se tira y pum.

Con uno de los retenes le apuntó y cayó al suelo y peleó como un hombre, al lado del General Obregón. El doctor Porras dispuso seguir a Aguadulce y sitiario y acampó en Pocrí con su cuartel general cuando llegó Victoriano de San Carlos.

Allí en Pocrí permanecieron varios días asediando el gobierno y el doctor Porras montaba a caballo con una ruana de color chocolate y un sombrero bogotano, blanco de copa alta, y salía a recorrer el campo de los retenes hasta el cerro de Los Gatos y allí le tumbaron el caballo de un balazo desde Quebrada del Caballero y sus ayudantes de campo le dijimos.

—Vea, doctor a usted lo conocen por el sombrero y la ruana y por eso le hacen fuego, fijese que los conservadores andan disfrazados con vestidos de dril chino y un sombrero cualquiera y a Ud. si lo matan, aquí terminó todo.

Y él contestó diciendo... Tienen razón, muchachos; regresamos a Pocrí desde el cerro de Los Gatos bajo una lluvia de balas. Un día dispuso el doctor Porras una Comisión a Tumaco de acuerdo con el General Lorenzo y nombró el doctor a los señores José de la Rosa Villamil, Simón y Arcadio Barichovich y a Visitación Sayas, como Capitán de los buques “La Alianza” y El “San Juau” de Aguadulce” y zarparon las naves con rumbo a Tumaco el 22 de Noviembre;

Cuando el doctor supo la capitulación del General Domingo Díaz en el Puerto de Barbacoas, después de tomarse a Colón y se ahogaron los generales Patiño, Cortizo y Triana en el río Gatún, dispuso levantar el sitio y regresamos a Penonomé, previendo que nos mandaban el vapor Boyacá.

Avanzamos para Penonomé, temiendo que nos pisaran la retaguardia y llegamos el 23 de Noviembre, y cuando supo el doctor que el ejército del gobierno se aproximaba, dispuso retirarnos a La Negrita, que eran posiciones inexpugnables.

Allí permanecieron con retenes en todos los campamentos. El doctor Porras y el General Victoriano, le habían escrito desde Pocrí al General Benjamín Herrera, pidiéndole algunas armas y un cañón, para combatir nosotros aquí en el Istmo y caso que no fuese posible venir ayudarnos en la campaña, que sería mucho mejor.

Victoriano licenciaba a sus indígenas cada quince días para que fueran a trabajar con sus labranzas, y que no faltase la comida en la montaña pero los campesinos estaban ya cansados de la guerra y abandonaban los rifles en los campamentos y se quedaban.

Un día los doctores Porras y Mendoza mandaron llamar al General Victoriano con el Teniente Eusebio Esparza a Churuquita Grande, y se presentó a la media hora a La Negrita.

El doctor Porras le dijo... Hombre, Victoriano, estamos quedando solos, pues los hombres se fugan y dejan los rifles abandonados y no es posible que sigamos la guerra sin soldados y si seguimos así, es preciso que nos lo digas, para que de aquí nos vamos para nuestras casas.

El General Lorenzo le dijo, doctor, deme tres días de tregua, para ponerle aquí 300 hombres. El doctor le dijo. Bueno Victoriano, confío en tu palabra.

Como el general ya tenía conocimientos militares, llegó a la Comandancia dando su órdenes y dijo... Es preciso que todos estén listos para las cuatro de la mañana con sus cabaigaduras, sin que nadie me haga falta.

A esa hora estábamos en pie ensillando nuestros caballos y a toque de marcha tocado por el corneta de orden Benito Reyes, avanzamos a su lado tomando el caamino de La Pintada y pasando por los retenes de Las Piñitas, Sardina, Mano de Piedra, El de Génaro Bermúdez y el Marica Abajo.

Llegamos a La Pintada allí hospedamos en casa de Don Clemente Oberto, los ayudantes eran Juan José Quirós, Pantaleón Arrocha, Héctor Juan Tejada, Luis Gallardo y el ordenanza Anacleto Martínez, hacerse cargo del campamento de Mano de Piedra.

A las seis de la mañana dió sus órdenes y nos dijo... Usted Alzamora, va al Barrigón donde el señor Juan Solé, lleva esta orden y le dice, que el entregue los 70 hombres que tiene allí en su finca trabajando, y lo espero aquí mañana a las dos de la tarde.

Usted Héctor Juan Tejada, va donde Pablo Arosemena y le dice que le entregue los 80 hombres, que tiene en su finca "La Unión Bolívar" trabajando, usted Luis Gallardo va a las cuevas de El Potrero y trae los hombres que están en el retén.

Usted Cleto Martínez va al destacamento de Llanogrande y trae todos los hombres que están allí en el destacamento de; usted Pantaleón Arrocha, va a Toabré y me trae las gentes de aquel destacamento y los espera aquí mañana a las dos de la tarde sin faltar.

Yo seguí sin conocer el camino... y yo llevaba mi carabina Winchester. Llegué al Copé y un práctico me llevó donde Santana Quirós y allí comí en El Harino y en la mañana fue el señor Santana a llevarme donde Pablo Arcia y este me llevó al Barrigón, donde el señor Juan Solé, a quien entregué la orden y me dijo, vea que han engañado al General diciéndole que tengo 70 hombres y los llamó con un cacho de ganado, presentándose solo siete hombres.